*Josefina Lerena Acevedo de Blixen*

# A media voz

Biblioteca Alfar

XXXII-4-50

Al aristocrátics y amics escritor Raul Monteiro Buz tamanel, que en páginas cálidas y elegantes, hace revivir sutilmente per sonatges y escenaris

com bromenatge de simpatia intelectual

Josefina R. de Blixen

# A MEDIA

# VOZ

MONTERO BUSTAMANTE
BIBLIOTECA
MUSEO H. NACIONAL

*Josefina Lerena Acevedo de Blixen*

# A media voz

*Biblioteca Alfar*
*Montevideo*
*MCMXXXIV*

He dicho "A media voz", porque en la subconciencia, la impresión de lo escrito se siente como hecha en ese tono. Como si la tinta quitara sonoridad a la palabra, y la expresión, aun la más acabada, acallara un tanto la idea. Acaso también, porque creo que, cuando los pensamientos descubren algo propio, conviene decirlos casi en secreto, o callarlos, ya que son ideas que se trenzan y se destrenzan de continuo, que viven un minuto y se olvidan al siguiente.

Y en las ideas abigarradas de este breviario, se oyen voces íntimas, de esas que nacen con la vida, y mantienen fresca su altivez salvaje, hechas, no para convencer, sino por necesidad de seguir su curso, y las que al pasar se recogen como manojos de recuerdos, que, sin explicarnos cómo, hallamos siempre inmóviles a nuestro lado.

Entre ellas está lo meditado, lo que ha dejado en nosotros huellas profundas, aunque a veces encontradas, y lo que todavía vacila. El que lee encontrará errores, ingenuidades, ignorancias; pero para quién escribe todo es distinto, su punto de vista es otro y los defectos tienen también su encanto. Porque ha de asemejarse a aquellos viejos monjes de la antigüedad que empleaban la vida en descifrar manuscritos; ya que es labor paciente, la de arrancar los secretos al pensamiento entre los jeroglíficos de las intenciones, para desentrañar causas, e ir dando a la emoción todavía perpleja, una forma clara.

Pero, acaso esas razones contribuyen a que ese conjunto de estados de alma, no siempre tenga una misma orientación. Hay direcciones que se entrecruzan, deseos que chocan, y convicciones que en la superficie dan la impresión de inconstancia. Hasta ideas que al rozar las cosas, toman inesperadamente otro cauce. De ahí que la acción del fondo, deje ver arriba, como deja el mar en las tardes cuando empieza a serenarse, reflejos inquietantes y reflejos tranquilos, franjas luminosas y rayas oscuras, que han subido a cada hoja, para hacer llegar algo de lo que vive callado, de esas ideas madres que fingen reposo, y sin embargo activan el movimiento en el seno de la idea visible. Acaso, porque ellas son la arcilla de esos bajorelieves en los que el pensamiento deja la inconfundible personalidad de sus signos. Y que debido a una fuerza extraña, nos vemos obligados a prender en el papel, como a mariposas, aun sabiendo que sus alas inmóviles, no dan la sensación de lo que fueron, y que cualquiera puede reducir a polvo, si animoso, las tocara para obtener con sus formas otras impresiones, o para destruir los efectos que han quedado milagrosamente fijos, en la vida provisoria de los libros.

## *SOBRE INFLUENCIAS*

*Si incontestable es el poder de las influencias es, porque dentro de cada uno, pueden hallarse gérmenes de todas las inclinaciones.*

*Pretencioso sería entonces sentar, como tesis indiscutibles, ideas propias, aun cuando aferrados a ellas, las imaginemos verdades únicas, ya que aun firmes y pulidas como las caras de un diamante, no serían sino verdades de rápidos destellos y apagamientos súbitos.*

*Así, igual que en el alma, donde nada se afirma, en un libro sincero las ideas tampoco han de sostenerse como irrevocables. Por eso acaso, de desconciertos ha de hacerse su armonía.*

# I

Facultad del escritor, puede ser la de disipar las dudas que, como niebla envuelven al hombre; pero superiores han de ser entonces sus concepciones, y sus valores seguros, para que su eficiencia sea beneficiosa a los extraños. De otro modo, aun cuando se hallara en posesión de ideas definidas, podrían éstas no llegar a adquirir la claridad requerida, que, al volverlas perceptibles, las hiciera pasar de un espíritu a otro. Porque con frecuencia una evocación confusa, detiene las corrientes vivas del sentimiento; quien sabe si por responder éstas a un origen múltiple, o derivar de una exaltación pasajera. Necesario fuera en esos casos, abreviar lo inútil, y suprimir esa intrascendente exposición de motivos secundarios que preceden a la idea, la inician, y en sus tanteos, al torturarla la forman. No hacer a estilo de algunos escritores modernos, largas enumeraciones de pequeños episodios apenas deslizados en un plano inferior de la conciencia o de la vida, ya que lo mejor de cada uno — lo espontáneo y lo intenso — no resisten al labrado de sus secretos, por lo que preferible es, que las consecuencias denoten la intervención de causas sólo entrevistas. Y luego de entrevistas, provisoriamente definidas.

Habría así que llegar al desenlace, no en forma mecánica, sino al ahondar sobre el presumible artificio del razonamiento, revelar los motivos que han contribuído a formarlo.

Puesto que atributo del lector será siempre el de aclarar por intuición propia las expresiones, y continuar en sí mismo las fórmulas que han de sistematizar el pensamiento dentro del complejo que se le presenta. ¿Variaría así la raíz de la idea al ser falsas las suposiciones? Pudiera ser. Pero lo importante en todo caso es el resultado. Habría entonces que preguntarse, ¿por qué preocuparnos del movimiento inicial cuyas fatales transformaciones superpuestas van a reflejarse sobre todo, hasta crear posiblemente un nuevo origen? Sólo en Justicia se habla de intención. En la realidad, la intención es siempre un cúmulo de intenciones, aun cuando hagamos primar una sobre las otras. Por eso, detallar aparatosamente los ínfimos matices del pensamiento, es trazar a éste un límite, encasillándolo sin perspectivas de evasión. Es dejar la imaginación oprimida, sin alas. Es olvidar que existe un placer en dar forma a las ideas que se reciben. Acaso porque el lector acaricia siempre una idea que no abandona, y por ella transforma a su modo lo que lee, para sentirlo como nuevo, y quizás también para hacerlo vibrar como suyo, con ese modo interior, extraño, único, a veces grotesco, desconcertante, en el que todo ha de desfigurarse más que por espíritu crítico, por obligada necesidad de las leyes del temperamento, de divertidas interpretaciones, como las de los espejos cóncavos. Así una causa idéntica, diluída a través de cada conciencia, de cada hora, varía la coloración de un proceso que sentimos influenciados por lo que antecede o va a continuar de ese efecto. Por lo que deseamos, por lo que hay en nosotros de posible hacia un estado anímico y de indefinido aun dentro de la convicción.

Es que la imaginación al tender sus redes transforma la idea, la cambia, la complica, y acaso deja sobre ella arabes-

cos de deducciones; porque la imaginación está llena de senderos como una selva. De senderos ya abiertos, conocidos, amplios, por los que han pasado muchas huellas, y de senderos vírgenes, que convergen y se alejan, se obstruyen, se pierden, y de nuevo se entrecruzan, haciendo todo posible dentro de cada uno.

Hay unos viejos apuntes del tiempo de Heine, que cuentan cómo hallándose éste una noche en el teatro, desde su butaca, sentía alegremente las incidencias de una tragedia, que veía a través de las nubes de tul rosa de un sombrero. ¿No están así todas las tragedias sujetas a las variantes de esas incidencias? El vaivén de los días cambia en nosotros todo, como nube de tul de ilusión. Cambia la comprensión, los principios, hasta las razones en que se fundan las causas que han podido parecernos boyas aclarando la ruta de las ideas, apenas agitadas por la marejada; pero que suelen marchar a la deriva, arrancadas por el mar bravío de lo inconfesado.

Y si es así, ¿por qué admitir que se extorsione la imaginación, obligándola a no apartarse de una ruta hecha, donde podría ser que no se siguiera sino el faro de una idea perdida, ya vivida, disecada, y desmenuzada por el autor? Como si pudiera acaso pensarse que un carácter estable, habríamos de hallar en el fondo de la naturaleza. Y desde que, no siendo así, lo lógico es que, no encerremos demasiado el pensamiento en el molde de la letra, para que no quede oprimido en la opacidad de un pasado que muere, sino que tratemos de mantenerlo flexible como el espíritu, libre como todo lo que pasa, pero hondo para que pueda sentirse, y que, mientras impreciso adhiera su amargor o su alegría a la de todos, llegue a asimilarse al estado de cada uno, y viviendo todas las vidas, tome como el fuego miles de formas en miles de ideas.

Aubry, al hablar de Boildieu dice que, su música daba a cada uno la ilusión de que él mismo habría podido encontrar esa manera de expresarse. ¿La sugestión no debía de producir ese mismo efecto, como de reimprimido placer interior, de revivida emoción? ¿O como de influencia no recibida?

## II

El abate Mugnier, famoso por sus conversiones, se propuso cierta vez enriquecer su lista de catequizados con el nombre de un escritor de prestigio y al parecer ya inclinado a aceptar sus raciocinios, pero al que no lograba convencer sobre el sacramento de la confesión. Sin embargo, el abate, con argumentos hábiles, insistía, diciéndole: "Pero señor, si Vd. cuenta en sus libros todas sus aventuras, ¿por qué se detiene ante una confesión en la que nadie exigirá los detalles que da Vd. a sus lectores anónimos? Observación esa, que haría pensar en una inconsecuencia, si de la confesión hecha al oído de todos, pudiéramos estar seguros. Y si en la influencia de los libros, cuando se busca un soplo de más afinada sensibilidad o de inteligencia ordenada, lo hiciéramos creyendo hallar un estado personal, susceptible de existir, si rico en contradicciones diera éste, efectivamente a la vida ficticia, una intensa impresión de realidad.

Estado acaso latente, pero en el que facetas desconocidas de la personalidad del autor, agudizadas e idealizadas, revelarían bajo apariencias ajenas sentimientos propios, como si el terciopelo de la máscara fuera molde que funde un alma en el alma de un personaje. Y fragmentos salidos de la subconciencia, serían los que intentarían dar a la obra incon-

clusa de la vida un breve momento más, al realizar su existencia en el pensamiento, y describir su trayectoria al lado del hombre y del libro en el campo puro de la idea. Tal vez verdades inquietas de un yo irrealizado, que hubiesen sido aclaradas por esa potencia motriz, intermediaria entre la personalidad que vive en el plano más ajeno del individuo y la capacidad receptora de los hombres. Pero el lector, en el que lo escrito suele adquirir sentido de cosa indiscutida, pretende luego resolver en esa presentación inmóvil, un problema sin asiento y sin límites, al dar realidad a una cómoda unidad íntima — la por él hallada — que ha de perpetuar la fragilidad de la otra a través de una sola modalidad. ¿Capacidad intuitiva del escritor sería esa de realizar de antemano la convicción? ¿Acaso voluptuoso deseo del lector que experimenta su fe sólo por el placer de creer?

Todo escritor quedaría así convertido en animador de seres desconocidos, de formas de alguien que, no habrían conseguido fijarse en nadie. Realización llevada a cabo, quién sabe, si por necesidad de eludirse a sí mismo — como alguien decía — o si por encontrarse, continuándose en un posible sueño, y al crear, satisfaciendo deseos que la naturaleza o circunstancias envolventes, no lo habían permitido. Una continuidad casi real, establecería entonces la imaginación dentro de lo que se supone irreal.

Pero lo cierto es que, a través de los libros vamos penetrando el espíritu de los escritores, conociendo su vida y recibiendo su influencia.

Tolstoï, Dickens, Balzac, Barrés, France, al desdoblar su yo, nos dan formas parciales de ellos, y hasta nos muestran sus personalidades casi íntegras, con sus torturantes problemas como los tenía Mr. Mercadet, con sus teorías filo-

sóficas, como en el caso de Mr. Bergeret, con sus ideales más puros, como los del príncipe Andrés.

Y eso es lo que quiere el lector, que busca, no el poder de lo inventado, sino la impresión de lo sentido, para sentir a su vez. Por eso Katherine Mansfield al ofrecer su intimidad, al detallar en sus cartas y en su diario su carácter y los sucesos de su vida, al vivir en sus libros, o como no sé quién decía, dejando ver su óvalo fino en la filigrana de cada hoja, fué como consiguió ser una de las preferidas del público.

Este exige que se le dé lo que no puede percibir, ni adivinar. Quiere conocer lo más íntimo, las formas negativas que se han ido acumulando dentro de cada uno. Esos invisibles sedimentos de herencias, de recuerdos, de simpatías; restos de arraigos involuntarios, de educaciones que se han inculcado sin razón, y quedan cual corolas que no se abrieran por falta de ambiente propicio. El público quiere recibir los contornos de todos los sueños, los frutos de todas las sugerencias, y llevar a la luz esos fantasmas del yo que sólo así entran en la vida.

Por eso se le hacen oír aisladas vibraciones de notas que, ascendentes, han contribuído a crear el concierto de algunas de las tendencias perceptibles; y se le ofrecen esos estados espirituales, definitivamente establecidos; impresiones que adquieren una relativa eternidad continuándose en lectores nuevos, en generaciones futuras. Estados de almas que se renuevan con el vigor que se ha animado en los demás, y que llevan así más allá de su círculo propio, la posibilidad de una existencia mantenida por el flúido de un pensamiento constantemente en acción.

Alguien ha dicho que el mundo se divide en innovadores

y repetidores, genios y público que repite en sí mismo, por simpatía, los estados de espíritu, sentimientos, emociones, pensamientos que el genio ha inventado primero o a los cuales ha dado forma. ¿Pero inicia el genio el absoluto origen de la invención, o hace como recopilación de tendencias a las que sabe dar un carácter nuevo?

Su invención sería entonces original deducción, feliz fórmula de ideas, como en química fórmula de cuerpos. Medio por el que se fijarían efectos internos que prevalecerían sobre toda deseada impresión estética. Y efectos propios, habrían de ser, puesto que mejor que penetrar en el interior de los otros, es descubrir su yo; dar razones extraídas de su interior, ser infiel con sus convicciones queridas, más personales y mejor maduradas, ya que sólo en esa forma podrán orientar tendencias, libres ellas, o casi libres de influencias extrañas. Y únicamente así, continuadora de la vida, su acción tendrá un efecto estético — como dice Hennequin — sobre las personas que posean una organización mental análoga e inferior a la que ha servido para crear la obra, y de las que ha podido ser deducida. Lo que sería evidentemente bastante. Se comprende, lo sería, si ella pudiera llegar a prolongarse como una estela de emoción, largo tiempo después de apagado el cerebro, haciendo que éste, igual que los cometas desaparecidos, deje marcado su paso en el éter de las ideas por un haz de luz.

## III

Así como Le Sage hacía hablar a los árboles y los animaba al prestarles su espíritu, una poetisa moderna, cambiando de motivo, quiere hacer hablar a los retratos. ¿Es

también su espíritu lo que encuentra en ellos? Acaso en uno y en otro, su razón necesite de ese sentimiento que los haría excederse en comprensión, y con lo cual crean poesía. Una poesía que trasmiten a las cosas, y la vuelven de las cosas a los hombres. No sabemos si para saciar ese innato y maravilloso don de las sutilezas, que existe en ellos, y que al excitar su imaginación, les permite establecer diálogos en las selvas, o nos comunica con las grises efigies de los cartones; o si podrían ser las suyas, esperanzas de vida, que al extender posibilidades aplacaran inquietudes atormentadas.

Porque desde luego, algo de eso sucede a la poetisa ya que, al transflorar la vida de las fotografías, ella busca una continuación de su vida. Y desde que en su concepto, animar esos instantes fugaces que se han fijado en la placa, es hacerlos perdurar, como guirnalda de ecos que al hilvanarse a lo largo de la existencia, reconstruyen el pasado.

Por eso, posesionada de su idea dice que, el día en que parta para siempre, no será ya su último día, si evocada por los seres amados, de cada imagen fluye un momento de su alma. Visible fantasía, pero quimera de soñadora que podría reconfortar, si creyendo en una religión semejante a aquella de los recuerdos que animara a los abuelos de Thil, pudiéramos sugestionados, obtener que las viejas fotografías como "mediums", nos revelaran lo que hasta ahora guardan con su imperturbable rigidez.

Entonces, por medio de las figuras se establecería una amistad a través del tiempo, entre el pensamiento muerto y el pensamiento vivo. Pero eso sólo sería posible, mientras durara en nosotros un estado especial que, podría llamarse de fermentación poética.

Maeterlinck de nuevo, habla en uno de sus libros, de como un día, en el que habían muerto todas las flores a causa de la indiferencia de los hombres, fueron las lágrimas de un poeta, las que hicieron renacer un rosal ya todo espinas.

Convendría creer que, también los sueños pudieran tener de la misma manera, la virtud de volver a la vida a esas figuras, a las que la imaginación haría florecer un alma. Si efectivamente, en la impresión anímica que ofrece la estampa, ha quedado encarcelada una idea, y mientras el gesto falso no renueve la pequeña y eterna tragedia de lo que queda ahogado bajo las convenciones.

Pero ¿quién sería el llamado a acertar el enigma, a descubrir la verdadera fisonomía de un alma, si porque es difícil ser sincero, todo está preparado para engañarnos? ¿Acaso es tarea que incumbe, y saben realizar los pintores? ¿Desgranan ellos emociones, dejan en la tela la confesión de algún modelo? Hay quien dice que La Tour tenía esa habilidad. Y que en su pequeño museo, las figuras cautivan todavía a los curiosos con los secretos que dejan entrever, con las sonrisas que no acaban de esfumarse, con los cascabeles reidores de su alegría, con su ironía o con su desprecio. Pero eso es raro, y tan raro, que se habla como de una excepción, de un pintor moderno, discípulo de Swendenborg, cuyo estudio comunica con la iglesia, porque es también pastor este artista psicólogo, que explica así su pintura: "Yo pinto estados de alma". "Ahí está esa mujer con sus cabellos rojos, dice: En realidad los suyos eran negros. Pero el temperamento del modelo, en el momento en que se estableció una "correspondencia" entre ella y yo, me obligó a pintarla con cabellos rojos". ¿Hay exageración? Es probable. Pero no olvidemos que se ha buscado sobre el

parecido exterior, el interior; el cual es un parecido más de expresión que de rasgos, y que realiza, no un momento, sino una continuidad de momentos. Por eso, cual si abriéramos el libro de una vida, todo el complejo psíquico aparece o debe aparecer a la vista, y simultáneamente, en esa impresión de movilidad que buscamos en su inmovilidad. Efecto de vida interior que establece una corriente de ellos a nosotros, y que nos permite llegar al fondo de sus miradas, y no sé si a la superficie de sus ideas. Siempre que del efecto espiritual que nos da la figura, pudiéramos efectivamente deslindar la parte del modelo de la parte del autor. Porque el arte, desbordándose y aproximándose a la verdad, cuando consigue el milagro de crear vida, hace penetrar en nosotros nuevos punzones de duda. ¿Sabe alguien acaso hasta donde llegó a ser Monna Lisa lo que Leonardo ha querido que sea?

Como a aquella desdeñosa marquesa que amara Corneille, y a la que, en un soneto — según creo — prometía hacer vivir eternamente a través de su espíritu, pudo también el pintor. crear en su obra maestra un alma a la Gioconda. Y así podría no haber sido suya esa sonrisa encantadora, y hasta carecer de esa fascinación espiritual que mantiene el interés de su misteriosa personalidad.

Porque es innegable que en el alma de los cuadros queda algo del alma del artista. Su espíritu que, inconfundible sirve de firma, que flota en la tela y que el modelo endulza, pero dejando ver esa fuerza idiosincrásica de una modalidad superior generalmente a la suya. Vida intensa que relaciona entre sí las obras de un mismo autor, y que está en las figuras, en los paisajes, en los fondos, hasta en las naturalezas muertas. Melancolía que a veces vuelcan los álamos, que surge del arroyo, aparece en los ojos de una mujer, encierran los pliegues de una manteleta, se desmaya con las ro-

sas, o se pierde en blondas. Diríase soplo de tristeza que hubiera pasado por todos los motivos; y que puede ser característica de frivolidad, de espiritualidad, de gracia. Se halla en el alma de las formas, en el idealismo de los contornos brumosos, en esa sutileza que evapora la materia, y da transparencia a las sombras, o en impresiones de arrobamiento y de fe. Característica del espíritu del creador, prueba de su constante presencia.

Por eso, sería peligroso traspasar el alma de las figuras; ya que acaso nos sorprendieran demostrándonos que en las manchas de colores ha quedado, gracias a un avatar, sólo el pensamiento del autor, su energía quizás, o los últimos delineamientos de su ensueño y de su esperanza.

## IV

Si estamos seguros de que las sensaciones aparentemente inmotivadas, causan en forma vivísima, aunque sólo sea durante un instante, el mismo escozor o la misma alegría que las reales y nos dejan como el sueño una noción esfumada pero todavía precisa de reminiscencias, podríamos decir que es, porque son nuevas verdades que vamos agregando a las otras, a las indiscutidas.

Por eso, cuando Rafael al pintar su "Galatea" decía que, no habiendo mujeres bastante hermosas, "prefería seguir cierta idea que tenía", no se apartaba enteramente de la verdad, sino que la presentaba tamizada a través de su propia luz interior, una verdad que reconstruía con impresiones aisladas la armonía perfecta que buscaba. Su figura era así una belleza subjetiva expresada con muchas bellezas, un modelo fijado en la imaginación, para ser luego copiado en

la tela. Mujer que era su ideal y que él vigorizaba con la convicción que adquiere lo que ha madurado uno mismo. Porque la mejor fuerza de cada cosa reside en la seguridad que, puede adquirirse, de que uno ha contribuído a convertirla en realidad positiva, de que uno ha hecho de la verdad íntima una verdad visible. Tales verdades íntimas por haber sido elaboradas de acuerdo con la perspectiva interior de cada sujeto, acaso no sean compartidas por todos los demás; pero eso es lo que las vuelve precisamente más nuestras.

Verdades recogidas al azar y guardadas caprichosamente, que van agrandándose en el deseo, como las sombras en los muros por falta de luz. Casi siempre distan mucho de ser las exactas, pero aun así bastan para satisfacernos. Nacidas por necesidad de dar forma a las ideas, por necesidad de precisar antojadizamente contornos, colores, gestos, ubicaciones, tiempo, y de crear una posibilidad para seguir entreviendo. Necesidad que puede ser sobre-excitación intelectual, desasosiego del espíritu, provocado por la continuidad y la intensidad de lo sugestivo. Tal vez porque se fertiliza la imaginación bajo sugerencias de otras imaginaciones, o por virtud de nuestros propios sentimientos. Captaríamos así recuerdos de recuerdos, frases de libros, rasgos de cuadros, todo lo oído, lo visto, y llenaríamos la imaginación de hechos, donde lo inverosímil, lo histórico, lo real, lo posible, tomarían forma.

¿No tiene Grecia para cada uno de nosotros, su luz, su aire, su perfume, su coloración precisa? Cada uno ve a su modo los palacios, y siente a su manera las leyendas. Cada uno oye una parte distinta de los diálogos, asiste a un momento de sus juegos, y a un momento de sus asambleas. Así Apolo repite en el Olympo para cada uno de nosotros un

mismo gesto, y un gesto repetido es su paso por la tierra. Una sucesión de acuarelas hechas de efectos esfumados, es la vida de Hypólito. En una lo protege Diana, en otra lo acusa Fedra, en algunas va al destierro, y en la última muere. La decoración cambia cada vez, y cambia hasta la hora; pero instintivamente en nosotros se repite exacta. Vemos siempre el mismo portal, el mismo camino, la misma roca, la misma sombra. En tal visión anochece, en tal otra hay un fondo de árboles, aquí un color de colbato o de púrpura cobran las túnicas; como si el color también formara parte de la idea. Y una voz nos dice de nuevo lo que ya sabemos, porque una voz también les hemos dado a esas impresiones. Como si de cada vez pasáramos las páginas de un libro que estuviera hecho con lo que nunca hemos visto.

Así es como Holanda, esa vieja Flandes de España, no podemos dejar de imaginarla sino bajo el aspecto de un país de juguete. De un país donde sus habitantes, hábiles mecánicos, jugaran a vivir. Donde las casas fueran de brillantes porcelanas, con su cielo de loza gris, y donde veríamos ojos de una cerámica azul intenso. Sus canales quietos, sus calles tranquilas, y sus campos verdes como si todos los días fueran pintados de nuevo. Tal como en las figuras, los hombres graves, con sus bombachas de colores y sus pipas en la boca; las mujeres ingenuas, adornadas de trenzas rubias y tocas blancas. En un eterno ambiente de angelus, plácido, adormido.

Sé que si un día la casualidad me hiciera llegar a sus puertos, mi visión tendría que desvanecerse, mi país de porcelana se rompería.

Como tampoco seguiría viendo sus interiores a través de Hooch, de Van Oftade, o de Van der Meer, iluminados siem-

pre como por Rembrandt, con ventanales de capilla, donde un prisma de luz atraviesa la escena para dar forma a un solo punto, y vida a un solo sueño. Y es a eso a lo que yo llamo una nueva realidad.

El conjunto de las experiencias ajenas y de nuestra inexperiencia, ha dado por resultado ese rompe-cabezas de posibilidades, que empeñosos reconstruímos, pero en el que obstinadamente fallamos. Y no podría ser de otra manera.

Por ejemplo, sabemos que España no es ya la España de nosotros, que quizá nunca lo ha sido. Pero eso no nos desanima. Conservamos la impresión de Merimée, el recuerdo de los moros. ¿Y quién no verá en alguno de esos desamparados lugares de la Mancha, al Quijote, al buen Sancho, a Rocinante, con una decoración de molinos, y hermosas venteras? ¿Cómo suprimir de la memoria la hora de las persecuciones por imaginarios delitos; al meditabundo y tétrico Felipe II; cómo dejar de ver las fiestas de los suplicios, los conciliábulos de los monjes, y todos los desvíos inquisitoriales? Sin contar que la imaginación sostiene todavía otra España, la de Sevilla y Granada, de rejas floridas, de guitarras al claror de la luna, y callejas llenas de embozados; la de los toreros y las mantillas a la luz del sol, la de las castañuelas, tacos y navajas a la luz de los candiles. Y de cuando en cuando si el viento del sueño por complacernos abre una puerta, son las figuras de Valle Inclán las que pasan entre perfume de naranjos, mientras oímos el tintineo de los rosarios de madera de las monjas, y de los rosarios de agua de las fontanas.

¿Por qué?... Porque cuesta borrar. Porque son ideas que han penetrado en nosotros a pesar nuestro, que se han filtrado una a una, persistentes como esas notas que nos acom-

pañan en el silencio de la alcoba después de cada concierto.

Una vez Maupassant, escribiendo a un autor amigo suyo le decía: "Yo he experimentado una extraña sensación con su libro; he visto todo lo que Vd. contaba, lo he respirado; de cada página se desprende un perfume fuerte. Vd. me ha hecho sentir la tierra, los árboles, las fermentaciones y las germinaciones, y nos somete a tal desbordamiento de reproducción, que todo eso acaba por subirse a la cabeza, y uno advierte que el libro lo ha embriagado y lo ha excitado."

Y de esos autores así, como el amigo de Maupassant hay muchos...

Balzac por ejemplo, vivía en el ambiente que él mismo se creaba. Para él sus personajes eran sus amigos. Les tenía afecto, simpatía, lo preocupaban, los sentía actuar a su lado; poco a poco había llegado a suprimir las vallas que separaban lo subjetivo de lo objetivo. Macquart, su médico de cabecera, cuenta que estando Balzac moribundo, en cierto momento, desesperado, consigue incorporarse, y lleno de angustia le dice: "Doctor, estoy enfermo, muy enfermo, llame a Bianchon (Bianchon era un personaje de uno de sus libros, el médico a quién él tenía más fe, y de cuya competencia estaba seguro). Más tarde, obsesionado siempre con esa idea fija, pero ya sintiéndose morir decía: "¡Ah Bianchon no viene! ¡Entonces estoy perdido! Sólo Bianchon podía salvarme!"

Hay así irrealidades penetrantes que evidentemente no todos los hombres comprenden ni están en condiciones de comprender, pero que para los artistas son indiscutibles. Acaso porque como niños creen ellos ingenuamente en su fantasía, y en su imaginación fabrican juguetes a los que dan esa vida intensa que, a través de su obra, vibra inconscientemente en nosotros.

## V

Recuerdo un libro de Legouvé en el que decía que, para aprender a expresarse, es conveniente estudiar a los niños, porque, más sinceros que nosotros, traducen mejor sus impresiones. Y como es así, hay que reconocer que Legouvé era un buen observador, pero al que no interesaba más que un punto de vista: el de la expresión. Si no nos habría aconsejado mejor, induciéndonos a que aprendiéramos de ellos a ser optimistas, ya que los niños son maestros en el arte de ser felices. Y lo son, simplemente, porque saben suplir lo que les falta.

Así, una muñeca, que no siempre es una muñeca, como aquella que arrullaba Cosette en el tugurio de los Thénardier hasta la llegada de Jean Valjean, podría ser el símbolo de esa sorprendente imaginación infantil, cuyas feéricas realizaciones, no son más que simples deseos. Pero deseos que no precisan de nada para saciarse; ni de promesas, ni de realidades, como exigen los hombres; sino que de ese colorido que sólo sabe dar su pensamiento, y que hace todo factible. Por eso su fantasía puede ser más audaz que la nuestra, y alcanzar aún dominios más vastos, y por dilatada que sea convertirse en realidad. Acaso se piense que es porque se detienen en el límite de las posibilidades remotas; pero no, es porque es suyo el privilegio de realizar quimeras. Sin esfuerzo, con la convicción que llevan dentro de ellos, arman y desarman castillos hechos con el raro material del entu-

siasmo, y en forma tal que nadie conseguiría destruírlos. Y pues sus sueños se lo permiten, son artífices, luchadores u obreros superiores a nosotros. Todo les está permitido, todo para ellos se vuelve palpable, lo real y lo maravilloso: cabalgan sobre bestias imaginarias; guerrean con soldados de cartón; y, como cuenta France, a veces se creen divinidades, porque una corona que los embellece les hace sentir el orgullo de su superioridad. Nada más precisan para creerse omnipotentes; y como creerse es casi un poco llegar a serlo, no es raro que su fantasmagoría realice un hecho con la vaguedad de un ensueño. Y ese es su mejor don, el que Legouvé pudo habernos aconsejado estudiar, el que los constituye en hábiles creadores de felicidad, puesto que permite aún a los menos afortunados, conocer una dicha, que en su torpeza ignoran los hombres felices. Porque la experiencia ha endurecido el corazón de los hombres, y la sabiduría les ha hecho perder una condición única para su felicidad: la de tener confianza en ellos, en la vida, en todo, y hasta confianza en los demás. En cambio los niños poseen esa ilimitada alucinación salvadora, que los hace fuertes, y que en su derredor modifica sentimientos y actitudes, debido a que impone el entusiasmo irreflexivo de su fe. Acaso únicamente porque la noción precisa de una felicidad realizable los hace mejores.

Palachka, la pequeña Palachka del cuento eslavo, que cree a todos buenos porque ella es buena, que sufre al ver desamparados a los hijos de un hombre que va a prisión, decía: "Si yo fuera reina... haría que nadie robara, y que los niños no lloraran nunca. Arreglaría las cosas de manera que todos tuvieran lo necesario, para que no precisaran quejarse y pudieran estar contentos".

Probablemente en su imaginación, Palachka fué algún día

reina. Lástima que no lo haya sido también para nosotros, ya que de tan bellos propósitos habrían podido esperarse bellas realizaciones. Y sólo porque el espíritu infantil al carecer de preparación está en condiciones de abarcar mejor la simplicidad de lo equitativo, y por su pureza puede comprender el idealismo. Sin embargo, un concepto generalizado hace atribuir al colegio, a la educación, a las enseñanzas, sino en su totalidad, en gran parte, una acción atenuativa sobre los errores que han de cometerse. Acción que impulsaría a los niños a buscar entre ellos nivelación a las desproporciones de la suerte. Así suponemos que es obra nuestra la suya; aun cuando un estudio a fondo nos haría hallar la razón de esas causas en ellos mismos, en esa simpatía preconciente que va hacia todo, en ese amor que espontáneo nace en sus almas vírgenes y carentes de prejuicios. Deseo en ellos concreto aunque intuitivo, de penetración tal vez insondable, pero que borbotea por bondad natural; que es primicia del sentimiento y se fija por instinto, antes que ningún otro motivo empañe su mente, y por lo tanto, en ese momento en que aun no se tiene necesidad de empezar a borrar. Sólo que, desgraciadamente, como espontánea, breve también es esa fraternidad y esa justicia, ya que la escuela de la vida empieza pronto a hacer comprender a los chicos las pequeñeces de los grandes. Con razón, Macha, aquella otra heroína que Tolstoï hace hablar a los 8 años, decía: "No quiero ser grande, porque no quiero tener necesidad de comprender". Y en verdad comprender es con frecuencia, descender. Es hallar una razón a todas las injusticias; comprender es conocer los peligros que no nos inquietaban; es deshechar quimeras que nos hacían felices, es también dejar de ser lo que somos para ser lo que se quiera que seamos; es tener amigos escogidos entre personas que no pueden ser nuestros amigos; es

contrariarnos para agradar a quienes no interesa lo que nosotros hagamos, sin contar con que desde luego será ajustar a ritmos convenidos los impulsos más nuestros.

Pero como los niños ignoran el código de nuestros principios, sueñan libremente, y son felices; otras veces lo son, porque consiguen desarmarnos con sus candorosos sueños.

Recuerdo haber leído una relación — decíase que verídica — de un hecho curioso que apoya mi teoría. Era uno de esos pequeños desamparados, que con intenciones de pernoctar, llegó una noche de verano, quién sabe cómo, a un jardín zoológico. Temeroso de los guardianes, más que de las fieras, y buscando que no se advirtiera su presencia, se arrinconó en la jaula del oso, y allí, donde el aire era más tibio, al claror de la luna, quedó dormido. Dicen que la fiera, ante la confianza inesperada del intruso sintió simpatía, y que por su parte éste, encontró también aceptable el asilo. Y así, durante algún tiempo, amigos ya, pasaron las noches juntos, hasta el día en que no volviendo más el pequeño, desconsolado el oso, afligido quizás por la infidelidad, dejó de comer y murió de tristeza. ¿Qué confianza habría aportado el hombre para captarse una de esas difíciles amistades, que aunque raras, sabemos que suelen existir en la selva? Probablemente ninguna.

Pero cuando un niño desea algo, ese algo se hace posible para él.

El pequeño mendigo del cuento había elegido al oso para compañero. Lavedan habla de que él se hizo amigo de las golondrinas. Y cuenta cómo entraba en sus rondas, cómo era llevado por su vértigo, cómo por ellas olvidó todo lo suyo: sus padres, sus juegos, las figuras de sus libros; dice que al entrar en sus dominios, adquirió ese placer nuevo, vago, cándido, de la profundidad, y que un golpe de alas lo hizo

soñador. Porque seguro entonces de que no había para él imposibles, Lavedan buscó sus amistades en el éter. Soñaba que seguía sus juegos, y mientras volaban ellas lo hicieron poeta. Por eso dice que, gracias a esas alas frágiles y oscuras, es que ha podido conservar siempre su idealismo de niño.

Otros, no habrán seguido en sus vuelos a las golondrinas; pero no por eso debemos creer que han sido más pálidas sus visiones, ya que es probable que todos tengan cierta analogía con aquella criatura mimosa, de que hablaba Catulle Mendes, y que pedía a su madre una estrella. Sólo que, por suerte, para ellos y para nosotros, no todos piden estrellas; aunque es posible que ninguno considere que serían difíciles de conseguir, si alguna vez se les antojara prenderlas como luminarias en sus pequeños cuartos.

No suele suceder lo mismo a los hombres que, al razonar han perdido la facultad de creer posible lo imposible, inhabilitándose para sentir muchos placeres. Desde luego, para sentir los apasionantes placeres de los niños, esos que quedan suspendidos indefinidamente en la bruma de sus sueños, o en las inquietas puntas de sus pestañas.

. . . . . .

Hay una vieja historia, entre las antiguas de Egipto, que es como la victoria de esa esperanza que sólo conocen los niños. Pasó en la época en que el país había sufrido un momentáneo desmembramiento, y cuando el poder se había dividido entre doce reyes. Pero apenas apoderados éstos del mando, un oráculo, anunció que sería señor de todo Egipto, aquel de entre ellos que, en el templo de Vulcano, libase a los dioses en copa de bronce. El oráculo, según parece, aludía a la costumbre que observaban entonces de sacrificar juntos en todos los templos.

Pero, el tiempo pasaba sin que la profecía se cumpliera. Unos a otros, celosos, se vigilaban. Las posibilidades eran ahuyentadas en esa forma, y podría decirse que la profecía estaba a punto de convertirse en fábula.

Sin embargo llegó el día fatal.

Nada ni nadie pudo impedir que en la solemnidad de una de las ceremonias que debían de realizarse en el templo, por involuntario olvido, el sumo sacerdote sacara once copas para los doce reyes. Y así Psamético, que era de todos el menos poderoso, apoyado quién sabe por que influencia protectora, se apresuró a subsanar la falta, brindando en su casco de soldado. Consumado el hecho, recién se fijó en sus pupilas aquella leyenda que hizo renacer de nuevo el temor y la esperanza. Entonces, a fin de evitar el peligro, desterraron al afortunado monarca a las orillas más lejanas del país, casi privado de poder, confinado en los pantanos, con orden de no salir, ni mezclarse en el gobierno de Egipto.

Fué entonces cuando sabiéndose inocente y viéndose calumniado, Psamético pensó en vengarse. Pero no sin antes consultar el oráculo de Latona, para saber de donde habría de recibir socorro, y cuál debía ser su venganza. Supo en esa forma, que a la costa llegarían ciertos hombres de bronce, que, arrojados por el mar serían sus aliados.

Mientras tanto pasaba el tiempo; llegaron a serenarse los espíritus. El olvido había borrado casi por completo la idea de una profecía, que parecía ya ridícula. Nadie creía en el milagro. E inesperadamente llegó así el día anunciado: ese día en que el mar habría de vomitar guerreros.

Fué cuando jonios y carios que iban en corso, obligados por la necesidad, saltaron a tierra, con sus cascos brillantes, y corazas y arneses tan relucientes, como nunca hasta entonces se vieran en el país. La noticia no tardó en llegar a oídos

del rey. Ni en saber ellos que viejos profetas habían prevenido ha mucho tiempo su arribo, que en los pueblos se les esperaba, que la unión del país estaba a su merced. Y acaso por eso, sino por otras razones, agregaron sus fuerzas a las del destino, para que la leyenda se cumpliera, los ánimos se acalmaran, y triunfara la esperanza.

Así como esos griegos, suelen también los niños ayudar a realizar las leyendas. ¿Será porque saben mejor que nosotros que siempre llega el día propicio, el día en que todo se consigue, porque todo puede hacerlo uno, y como el rey esperan? ¿O porque como pequeños dioses que fueran, están dotados de una percepción extraordinaria, que les permite aprovechar eficazmente todas las circunstancias antes que éstas se vuelvan desfavorables?

## VI

Si visibles son las influencias que determinan inclinaciones en la naturaleza de los hombres, es evidente que los niños — fuerzas débiles — no pueden ser los llamados a eludirlas, cuando precisamente en ellos todo cobra valor subjetivo. Quizás, y también, porque admiten mejor lo obscuro, lo impenetrable. Así lo dramático encuentra todo preparado para una emoción más pura, a la que responde un eco más claro, acaso porque no ha sufrido todavía ningún desgaste. Eso es lo que contribuye a que la influencia del dolor repercuta con mayor intensidad en sus sensibilidades. Y más que ninguna, la de ese primer dolor que interrumpe el sosiego al perforarlo con sus agujas, y destempla el temperamento todavía imbuído de calma. De ese dolor que se presenta antes que sucesiones de tiempos y de motivos, al cansar la ilusión con forzadas

experiencias, hagan englobar en una masa los desencantos, unidos ya en la imaginación, tal como unimos al declinar la luz, en una sola sombra, el caserío de un pueblo. Porque esa es condición a la que tienden todos los ocasos, en el que impresiones vivas, deben no obstante sellar un pacto de conformidad.

Pero al principio, ese dolor aislado, aun lejano, provocado tal vez por motivos ocultos, despliega sobre esas imaginaciones jóvenes y asustadas, caracteres extraordinarios, que las mismas sombras acumulan, haciendo más grandes sus proyecciones. Sin embargo, tanto como puede ser dolor superior al que alcancen a conjurar las fuerzas humanas, puede ser torcido destino, desencauce corregible; acciones que en parte pueden detenerse como llegar a suprimirse. Pero causas siempre que en la confusa imaginación del niño, harán terminar la era de la felicidad fácil; presentadas, como para él lo estarían, en forma ineludible. Sea como sentencia del destino, sea como sentencia de los hombres que hubieran creado con sus desaciertos un segundo destino, acaso tan sensible como el otro, y tan irremediable.

León Frapié pinta magistralmente, en una de sus páginas mejor sentidas, ese primer rudo golpe de la vida, en una criatura apenas en edad de ser colegiala. Presenta el drama mudo de la pequeña: mayor aún que el que costara la vida a su madre, y del que ella ha debido posiblemente ser espectadora. Habla de esa criatura que debió pasar por encima del cadáver, sin saber aún lo que es la muerte, y de cómo después, ya sola esta vez, con su canasta vacía y su traje mal abrochado, llega a la clase llevando la tragedia en sus pupilas claras. Y hasta dice que, mientras nadie conoce todavía el suceso, flota ya éste en el aire. Y de como ella,

que ignora la magnitud de lo que ha visto, en el fondo se siente aterrada, por lo que adivina que tendrá que comprender; por sentir desgarrarse su confianza; por encontrarse con una verdad, ni entrevista, ni sospechada.

Son esas, violentas perspectivas que aturden, y crean esa infelicidad temprana, que abre la conciencia a un abismo o a la noche. Como entrada a un túnel en un radiante mediodía de sol, y de un túnel en que hubiera que mover las agujas y cambiar de vía a tientas. Planteado así con toda crudeza, presenta ese problema un principio paradójico, una prueba irrefutable de la seguridad de lo inseguro. Es como si un tomo, el que inicia la existencia, fuera inesperadamente cerrado con fuerza por una mano hostil, que impidiera la continuación del hermoso cuento que se desarrollara hasta entonces, y después de lo cual ya todo estuviera escrito de otro modo, en otro tono. Letras que no dijeran lo mismo, figuras que no tendrían la belleza sedante de las anteriores, y agitados sueños dibujados de exprofeso para reemplazar a los plácidos. ¿Qué hace el niño entonces? Generalmente se adapta al desamparo, y alegre ríe en la desgracia y en la miseria. Es su forma de reavivar las fuerzas. A veces, acepta así la piedad, los mimos falsos, la indiferencia de padres egoístas o de tutores brutales. Situaciones que lo convierten inesperadamente en hombre, y lo hacen crecer con un andamiaje de hastío y desconfianza. Está defendido quién sabe por qué instinto, obedece quién sabe a qué mandato. Ignoramos a qué influencia cede; y cuál es el origen oscuro de esas insalvables equivocaciones morales, materiales, y aun físicas, que luego lo han de cubrir con sus capas. Ni sabemos qué cúmulo de errores ha preparado esa fatalidad.

Pero lo interesante es saber, únicamente, si ese desgaste prematuro que provoca el dolor, y abre surcos en su alma,

puede desaparecer como un malestar físico con bálsamos; si se tranquiliza al recibir un poco de la felicidad que sobra a los afortunados, o si por el contrario debe ser él mismo quien construya su triunfo, arrancando las zarzas y brezos del camino, aunque para ello hubiera que llenarse las manos de sangre y los ojos de penas. Porque entonces sí, evidentemente su triunfo habría sido completo. Abandonados por los hombres, esos pequeños no serían ya sus hijos, desde que podrían considerarse como cíclopes, hijos sólo del cielo y de la tierra. ¿Y quién habría de ensañarse todavía con ellos? Nadie. Y posiblemente, porque una constitución más fuerte sería la suya, y porque habrían adquirido derecho a poseer un corazón más duro. Corazón templado en el fuego rojo del olvido, que hace invencible. Niños entonces fuertes de alma, como lo eran de cuerpo aquellos, a los que una costumbre helénica hacía sumergir al nacer en un baño de agua helada, para que afrontaran la muerte o vencieran en la vida. ¿Pero compensará esa revancha lenta y trabajosa, a momentos desconsoladora, heroica, todo lo que se ha perdido? No es probable, como no es fácil tampoco evitar ese dolor inicial, causa de tantos efectos perturbadores. Pues mitad divina, mitad humana, confusa es la causa germinante de ciertos destinos. Acaso porque la voluntad de los forjadores de vidas no existe en realidad sino en forma de mito; y quién sabe si porque ellos también han recibido esas herencias agostadoras que deben trasmitir...

Pero volvemos al principio, a la amalgama de lo remediable y de lo irremediable, adonde las posibilidades se pierden, sin que sepamos aun si, colmados un día sus deseos, sus voluntades sanas pero inexpertas, conseguirían realizarse una felicidad. O si indecisas, anarquizadas ya por el sufrimiento, imprevisoras por costumbre, incapaces de percibir las com-

plejidades de la belleza, continuarían indefinidamente condenadas a estados vagos, intermedios, virtualmente impotentes quizá para la reacción buscada. Como si el alma al nacer hubiese bebido un veneno.

## VII

Del mismo modo que al instinto obedecen las primeras manifestaciones de los niños, podría afirmarse que de inmediato, apenas su conciencia despierta, el instinto va cediendo a un deseo más razonado de conciente perfeccionamiento, de ideal que hallado ya en edad temprana, hace que ésta empiece a sentir la necesidad de experimentar. Y aún más que nada de imitar, para probar sobre bases sólidas, condiciones vagamente presentidas. Pero esa sí, es tarea a la que se aplica instintivamente. Su intuición lo anima a seguir tal o cual motivo por interés de ensayarse en aptitudes que se descubre, y copiando entonces secretos que la casualidad pone a su disposición. Así ejercita sus sentimientos y estimula su energía; así da también sus primeros pasos y sus primeros besos. Aplica su voluntad a movimientos para él nuevos, que conforme la imaginación se aviva, van siendo más y más complejos. Sus conquistas cada día serán más espirituales, hasta que, eliminadas las dificultades físicas, sean aquéllas las únicas que continúen interesándole. Curioso es ver entonces el comienzo de sus trabajos interiores; la energía que despliega en las vacilaciones que preceden al período en que ha de enfocar su personalidad. Pero esas manifestaciones iniciales, están sometidas evidentemente, por lo menos en parte, a causas ajenas a la voluntad de los niños, ya que en ellas hay principios externos, que impensadamente han sido infiltrados en su espíritu.

Dicen que cuando Teresa de Cepeda tenía siete años y su hermano Rodrigo una edad aproximada, se despertó en ambos el deseo de ser mártires de los moros; y que sin la casual intervención de uno de sus tíos, la huída de los exaltados habría podido tomar caracteres de tragedia. Probable es, que ese intento peligroso, fuera ya el primer paso de su vocación de santa. En este caso muchas razones habrían contribuído a originar ese romanticismo heroico y prematuro: lecturas de caballería, de encantamientos y leyendas. Acaso también la proximidad de una madre enferma, que buscaba ávidamente en los libros los placeres que le negaba la existencia; y la facilidad con que las páginas pasaban a manos de los hijos, en los que la evidente fantasmagoría de las visiones tomaba caracteres de realidad. Síntomas inequívocos de esa influencia fueron los que planearon esta primera aventura, y los que más tarde crearon su misticismo. Claro que estas conclusiones que se obtienen analizando los hechos, no pueden ser las mismas a que se arriba cuando se les trata desde un punto de vista netamente dogmático; puesto que al analizar esta anécdota sólo intentamos resumir el principio de las vocaciones prematuras, y desde que un estudio psicológico nos probaría que Santa Teresa sufrió en aquel momento intensamente el influjo del ambiente que la envolvía; medio que era el de su casa, de su pueblo, de su época, y le hizo recoger como a infanta vivaz, ideales y ensueños, con los que formó su base mística.

Mozart, que sorprende a sus familiares, y en seguida al público por sus extraordinarias aptitudes de compositor de música a los seis años, es otra prueba del encadenamiento que existe entre la presión del medio educativo y el nacimiento de una vocación anticipada. Del genio musical de Mozart no puede dudarse, pero sí de que su talento hubiera

podido llevarlo con el mismo éxito por otros derroteros, ya que Mozart sintió una inclinación acentuada hacia la ciencia que no cultivó. ¿Cómo asegurar que no habría sido una personalidad científica, si desde tan temprano no se le hubiera encauzado en la corriente del arte? Pero fué así: el medio decidió su fortuna, y como artista se hizo inmortal.

Una observación sostenida bastaría para ofrecernos lejos de los ejemplos clásicos una misma evidencia, si, orientados dentro de nuestro círculo, estudiamos la importancia que ejerce en el hombre su primer encuentro con el exterior, y puntualizamos como éste se efectúa, en el momento en que la imaginación alerta pero vacía, busca motivos que le hagan sentir emociones. De ahí que todos esos impulsos, cuya firmeza nos sorprenden, y que atribuimos a herencias recibidas como germen subconsciente, no sean sino un eco, como el de los caracoles marinos cuando repiten en la orilla el murmullo de las olas.

Y no podría ser de otra manera, la voluntad del débil, va recibiendo como una placa fotográfica aspectos distintos de la voluntad del fuerte. Sólo que después, poco a poco, selecciona y glosa a su gusto, dándole a la idea algo propio, la marca de la personalidad.

Ibsen, que seguramente pensaba que las mujeres son como el débil, decía que ellas reciben las ideas de los hombres, que las guardan celosamente en el corazón, y que llegado el momento, las devuelven con apasionamiento y entusiasmo. A mí me es difícil juzgar si para las mujeres rige efectivamente esa ley: pero me ha sido fácil observar que esa es la ley de los niños.

Y aunque no sería imposible que al pensar en los pequeños, yo no haga más que afirmar la teoría de Ibsen, e inconscientemente trasponer un pensamiento sugerido en mí por una

idea suya, nada se habría perdido: pues en esa fuente seguiríamos hallando el milagro de las revelaciones precoces, que residen en una vivacidad más despierta, en una inteligencia más dúctil, en un carácter más impresionable, apto para ensartar ideas y pensamientos y lanzarlos más tarde como observaciones propias.

Tal vez por eso, la precocidad del niño guarda casi siempre relación directa con la inteligencia de los padres, y hasta con su clase de inteligencia; y que lo que atribuimos a herencias, no sea probablemente sino el florecimiento de la imaginación íntimamente ligada al medio en que se desarrolla. Acaso, porque como una veta de agua viva, las condiciones inquietas, pero todavía desconocidas, viven en el subsuelo de la conciencia; y que aún cuando el niño sienta la intranquilidad de sus ideas, no brotan claras, mientras no se produzca el motivo capaz de convertir la corriente oscura en penacho airado y luminoso.

Sin apoyo, la vocación habría quedado tal vez adormecida: quién sabe si para siempre muerta; pero causas extrañas han producido esa revelación anticipada. El privilegio de un medio superior puede precipitar condiciones futuras, y hasta exagerar promesas: porque es evidente que no siempre se mantiene la correlación entre lo ofrecido y lo cumplido. El ambiente llegaría a hacer madurar los frutos demasiado pronto, y no sería improbable que el esfuerzo exigido rompiera bruscamente una sensibilidad que se ha forzado como la cuerda de un mecanismo cualquiera, provocando ineficaces consecuencias. De ahí que el fenómeno, obra de una sobreexcitación pasajera, no tenga siempre la continuidad esperada, ya que podría faltar la causa efectiva. Por eso no siempre la precocidad iniciada continúa sin que la armonía se quiebre, y rara vez el niño precoz llega a ser hombre de genio.

Porque en el hombre normal, o mejor dicho de talento normalmente desarrollado, las impresiones serán recibidas con vivas reacciones interiores; hosca, la imaginación despierta lentamente del caos de sus sueños, y entonces nadie puede hablar de precocidad, desde que su hora habría pasado, y desde que no sería el niño, sino el hombre, quién iría revelándose a sí mismo y que al aclarar sus dudas, fortificaría sus convicciones y realizaría su personalidad.

## VIII

Y así como nacen las vocaciones de los niños, nacen las vocaciones en los hombres, como el amor, como la esperanza; en el momento preciso, o rezagadas, tardías. Basta para ello un pequeño motivo, algo que como una chispa provoque el incendio.

Creo que fué Ruskin, quién abatido y desencantado por larga sucesión de desengaños sintió un renacimiento de placer y de entusiasmos nuevos, un día que tendido en el campo, casi exánime, fijó sus pupilas como por primera vez, en un pequeño árbol endeble que cargado de brotes frágiles como ilusiones, ofrecía su riqueza al porvenir. Ruskin, si fué en realidad Ruskin, se habría sentido poseído por esa confianza ilimitada, y renació con nuevas fuerzas como el arbolillo. Sabemos que desde ese día una belleza distinta tuvieron para él las cosas, que en él se despertó una vocación adormida, y que la naturaleza que lo alentara, lo hizo pintor.

Todo suele ser así renovación, porque una imprevista definición de impulsos orienta la preferencia hacia un curso nuevo. A veces es, como brusco golpe de timón que nos hace enfrentar lo inesperado. Indudablemente un inesperado de

forma, porque en el fondo no es más que un retorno hacia lo que hasta entonces pudo ser y no era, hacia lo que estuvo a punto de perderse por deserción ante acciones difíciles, por doblegación a la capacidad ajena, tal vez por inaptitud momentánea desenvainada por la razón de una causa hallada recién ahora.

Pero esos gérmenes que pudieron permanecer en un sopor de años, podrían continuar en su inútil silencio existencias enteras, si algo no los hiciera despertar a la vida. Probabilidades que no habrían pasado a ser realidades, pero siempre remansos que un día puede impulsar la corriente, que tal vez agitará el dolor, o decidirá una casualidad cualquiera, un encuentro, o un aspecto imprevisto de la fortuna o simples sesgos de la vida, que harán reflejar en nosotros cosas viejas, pero con esa luz distinta que las hará aparecer como nuevas.

Vocación que precipita un motivo, aun cuando ha sido elaborado por multitud de causas; condiciones interiores y complementos exteriores, que consiguen modificar sentimientos, e introducen uno o varios intereses en la convicción. Causas que se pierden al chocar unas con otras, que a veces debilitan inclinaciones paralelas, y que en ciertos casos, como si entre ellas se apoyaran sin confundirse, crecen cual enredaderas de hiedras y de rosas que treparan juntas a la copa verde que las espera, abrazadas las hojas eternas a los pétalos sutiles. Pensamos entonces en aquellas aptitudes que tenían los griegos, cuando eran vates y atletas, artistas y guerreros; todo fuerza y destreza y todo gracia.

Pero más corriente es que la savia de todas las inclinaciones corra como los afluentes de los ríos para formar una sola fuerza, elástica si se quiere, y compleja, sin por eso dejar de ser dominadora. Mientras las otras, empolvadas de indi-

ferencia o de olvido, no adquieren la nitidez del deseo. ¿Y para qué habrían de conseguirlo, si deben permanecer como fuerzas perdidas?

Cuéntase que Jules Lemaître, recibió cierto día la visita de un periodista, que entre interrogaciones indiscretas, preguntó al escritor qué es lo que más hubiera deseado ser. Y que Lemaître, tras una breve pausa, contestó sin vacilaciones: "Un gran santo, si no una bella mujer, en todo caso un hombre político, y sólo en último término hubiera deseado ser el escritor que soy". ¿No habría que creer que éste, es un caso evidente de adaptación obligada? Porque la inevitable sustitución si ha podido aún reportarle satisfacciones, no por eso deja de hacer pensar, cuántos felices inspirados de una vocación que suponemos recibida en la cuna, son brillantes porque sus cualidades les han permitido pulir ese don, pero sintiéndose íntimamente un poco defraudados, más conformes que satisfechos, como hombres que vivieran una vida extraña a la suya, por culpa de quién sabe qué influencia, que tanto podría llamarse fatalismo, como podría ser eterno descontento. Pero siempre motivo que obligaría a algo así como a transacción íntima, hecha entre uno y el medio, entre uno y los otros, o impuesta por circunstancias, por necesidad, o por un desgraciado desacuerdo de las facultades personales.

## IX

Habría que pensar que, por una de esas raras paradojas tan comunes en los hombres y que sin duda alguna, explican lo lógico que es lo ilógico, las conciencias más libres suelen gozar al sentirse bajo el yugo de una esclavitud. Si

no fuera así, si no nos hubiéramos habituado a que causas obscuras tuvieran tan directa intervención hasta para explicar lo razonable, sería difícil comprender por qué la voluntad de la colectividad humana, más severa aún que la de los códigos, ejerce un dominio tan completo sobre la voluntad de los individuos. Y por qué la anula, por qué la obliga a seguir sus dogmas sin convicción, a profesar sus rituales como por costumbre, a abandonar sentimientos e iniciativas propias a cambio de algunas falsas monedas de placer, brillantes como las que el sol enciende en la parda tierra de los bosques, pero que recogidas unas y otras, sólo dejan en la mano el signo requemado de su influencia.

Es que la sociedad tiene algo de medusa; fascina y espanta; se le busca y se le teme. Se teme el desprecio, la indiferencia, el ridículo, que puede ordenar escudada en su propia impersonalidad. Acaso, porque como fuerza bruta desencadenada puede avasallarlo todo, y eso hace que los hombres prefieran ser sus aliados.

Me recuerdan el caso de aquella condesa de Flandes, de la que se había enamorado sin éxito un rey normando, y que al ser rechazado, como argumento convincente, se presenta en casa del poderoso conde, padre de la rebelde, entra a pesar de sus guardias en el aposento de la doncella, la toma por las trenzas, la arrastra, la pisotea, la golpea, monta a caballo, pica espuela... y la boda se realiza al poco tiempo. La corte asombrada supo que la novia se había dejado seducir por la brutalidad del monarca, y que se creyó dichosa entregándole su corazón.

Por suerte en cuestiones de amor, no todas las mujeres piden lo mismo, pero la ley del fuerte es indudablemente la que rige las relaciones sociales de la humanidad. Habría que seguir pensando por eso, que es siempre el temor y el respeto

que se tiene por quien sabe manejarlo, lo que guía a los individuos. Será porque como algunos sostienen sólo en esa forma se encaminan las masas, por el temor religioso del más allá, o por el temor inmediato de la murmuración. Pero en realidad si eso eleva el nivel de lo malo hacia lo mediano, también provoca el descenso de lo bueno; por lo cual llegamos a una nivelación en la que se ocultaban defectos como dice Faguet, para no ser despreciados, y virtudes para no parecer ridículos. Sin tener presente que al nivelar, al destruir los indicios conscientes de cada uno, se perderá fatalmente la originalidad que da interés a los hombres. Con sus movimientos de autómatas, con sus conciencias contraloreadas como marchas de relojes, habrían perdido su espíritu libre, su personalidad, sus características.

Una forma hierática encerraría así su naturaleza dentro de lo que podríamos llamar una naturaleza apagada por las convenciones, como si una capa de ceniza cubriera para siempre la llama de su voluntad. Pero, porque se nace dentro de esas leyes es difícil evadirse de ellas; el primer entusiasmo nos hace romper las alas, y mutilados seguimos siendo prisioneros. Sin duda de ahí que la prudencia aconseje aceptar del mejor grado posible la esclavitud, y mientras el influjo del medio continúa primando sobre la convicción, o por lo menos sobre la acción del individuo, éste como si tendiera a economizar fuerzas, sigue los surcos hechos sin abrir nuevos, asimilado a un ambiente cualquiera, y en el mejor de los casos a un ambiente por él escogido. ¿Y por qué? Porque nos encontraremos con quienes deseando hacer de educadores o de animadores, conseguirán que su espíritu prevalezca sobre todos los espíritus, como si revestidos de superioridad pudieran constituirse en maestros. Sin embargo su obra es a lo sumo la de trazar planes homogéneos, que hacen que la

sociedad sea una repetición invariable de valores. Acción que ejercen con esa eficiencia unilateral que los anima, y que desde luego no sabrían cambiar. Trazan así a compás el límite de las posibilidades, de igual efecto al que harían marcando sobre un papel círculos exactos. Inquietándose sólo por su superficie aparente, ya que seguros estarán de que perforados, no mostrarían sino el vacío de un cerebro carente de voluntad, aniquilado de antemano por quienes han aprovechado la primacía que les habría dado la ignorancia de alguien sobre sus condiciones propias. Porque ese ser reducido a la obediencia, en el que se concentrarían voluntades extrañas, habría perdido el contralor de sus manifestaciones morales e intelectuales; como si la superposición de la personalidad realizada en grado máximo, transformara en acción material la influencia moral.

Pirandello trata en una de sus obras, un caso de voluntad borrada bajo la envoltura ficticia. Es una artista que, extrañada se siente otra, amortiguada su personalidad por el estudio que realiza en sus transformaciones artísticas. Y mientras aumenta paulatinamente su complejidad, irá sintiendo como falsos sus verdaderos sentimientos. En esa forma comprende que cuando cree amar, su amor es sólo arte; y reconoce que su sensibilidad de mujer no obedece ya sino a una nueva sinceridad, a la suya de artista.

Ley reconocida en el teatro casi como inquebrantable, y que es la de la mayor parte de los escenarios de la vida. Desgraciadamente causa de esa tendencia a la adaptabilidad es la que provoca inútiles trasmutaciones, que suelen ser complacencias, cobardía o costumbre. Pues no debe pensarse que es forma de evolucionar, que es transformación natural y lógica la que se opera, desde que nada cambia en la intimidad

de uno, y que se gira en falso como ruedas que dan vueltas sobre sus ejes sin avanzar. Y entonces, ¿para qué

## X

Tanto como puede sostenerse que la influencia del ambiente familiar es un medio educativo que, al presionar el espíritu en formación, lo endereza hacia un fin previsible o no; si afirmamos que la sociedad ejerce también su dominio sobre el individuo, no sería posible negar, que como ambos factores, todos los acontecimientos externos mantienen un influjo directo sobre las fibras más íntimas de cada uno.

La historia nos da un continuo encadenamiento de ejemplos, sobre los efectos de la época en las personas. Los "climas morales" de que habla Taine, son consecuencias de estados anímicos colectivos, de influencias de la civilización, de la política, de las creencias. De ahí ese agrupamiento en escuelas, esa relación de pensamientos que acercan a los intelectuales, y hacen familias en los tiempos, familias en los países. Aislados por circunstancias propias de las convenciones y del respeto, o por derivativos de la envidia, lejos unos de otros, esos artistas o esos sabios, mantienen sin embargo con los otros un sutilísimo contacto, que reune como en cónclaves de espíritu a hombres que nunca se han visto. Hacen pensar en los astros que perdidos en los confines del cielo sostienen entre todos su maravillosa estabilidad. La de los hombres es una estabilidad de ideas, de inclinaciones que se difunden según el momento. Como irradiación involuntaria, que se da y se recibe; como si el espíritu tomara los reflejos tornasolados de la hora, que lo vuelve guerrero, pacífico, aventurero o idealista. Cambiante, nos ofrecen distintas im-

presiones de temperamentos que van marcándose en etapas inconfundibles a través de las eras. No sería por eso imposible que, el individuo surgido del caos, obligado por el medio, volviera a perderse en él. Esas manifestaciones opuestas de su libertad, hacen visibles los anillos que mantienen prisionero su espíritu al espíritu de la tierra, y nos muestran cómo su sensibilidad, igual que la aguja de ciertos barómetros, oscila inquieta de la tempestad a la calma, porque es contráctil su punto de apoyo. Acaso porque todo obra sobre su temperamento, como si inyecciones sutiles intensificaran o atenuaran lo que, teniendo una causa, juzgamos como instintivo y desprovisto de razón. Será porque el espíritu lo siente todo, hasta las influencias del paisaje, de las formas que se recortan, de los tonos que se confunden. Bordeaux habla del dominio que los lagos ejercen sobre el temperamento, predisponiendo a estados de ensueño, y atribuye el sentimentalismo de Hortensia de Bauharnais más que a otras razones, a la de haber nacido en esas plácidas orillas. Si fuera esta una afirmación, habría que atribuirla al romanticismo del escritor que, adorna a la bella reina con esa aureola de emoción y sentimiento; pues es improbable que la acción de esos efluvios respirados al nacer, persista a través de una vida. Habría que pensar mejor que han sido otras perspectivas recibidas en momentos más oportunos las que han marcado su carácter. Pero es indudable que los efectos visuales son los que mejor se reciben y los que mejor se retienen. Así, cuando hemos olvidado el sonido de las palabras, nos queda todavía la impresión de gesto que sirve para reconstruirla. Por eso no sería raro que los lagos pudieran tener esa influencia que nos hiciera soñadores: influencia que podría residir en su poesía sugestiva, fina, penetrante, estar en sus bordes festoneados de imprevistos, en los reflejos violetas

de la tarde, en los dibujos oscuros de los árboles, en el centelleo del doble cielo de sus noches, en su honda calma. Sería un encanto que arrancaríamos a sus aguas dulces, a sus horas quietas, como lánguido hechizo que obrara a modo de filtro. Sin duda cualidades que se hallan acentuadas en ciertos paisajes, porque si nos atenemos a lo que dice Bordeaux, tendremos que reconocer que hay parcelas de tierra fecundas para la poesía y el amor. Un ejemplo sería indudablemente ese lago de su relato, ya que es el mismo que inmortalizara en otro tiempo Lamartine, y en el que quedara escrita toda la historia sentimental del Imperio. Y que si hoy parece haber perdido su encantamiento, no es porque su peligrosa esencia haya dejado de existir, sino porque otros factores han desviado las corrientes que llevan hacia los lagos en general, y su acción así más estrecha, ha de limitarse a la de sus naturales moradores. Pero la influencia del paisaje continúa. Nada ha alterado los principios que sostenían Wordsworth, Coleridge y Southay allá en el siglo XVIII y XIX, cuando la escuela "lakista" fundándose en el poder de las impresiones, impuso sus teorías, cuya acción sigue ejerciéndose velada, desconocida, pero aun así de modo innegable, evidente.

Una forma distinta de esa influencia, es la que emana de nuestras interminables llanuras platenses, de nuestras colinas desnudas. La comprendemos en el alma de nuestra gente de campo, saturada como la tierra de melancolía, alma que mantiene en las pupilas la vaguedad del horizonte, el desconsuelo de esa tristeza inmotivada, arraigada a su corazón, como él a la tierra improductiva. Desconsuelo que hace quejumbrosas sus canciones, desconfiados sus amores, torturantes sus recuerdos y trágica cualquiera de sus decisiones.

Y podemos decirlo: es porque todo nos domina, tanto el

romanticismo de los lagos, como la tristeza de las llanuras: la placidez de los paisajes húmedos, la exuberancia de los trópicos, el "spleen" de las nieblas. El hombre se somete a todas las reacciones como un cáliz vacío y abierto para recibirlas. Sólo que, de cuando en cuando, alguien a quien suponemos loco, improvisa a modo de Corot la mancha de agua que falta para dar frescura al paisaje. Ese alguien, se ha independizado de las influencias, y al torcer las viejas corrientes, crea nuevas, seguro de que tendrá que ser seguido más tarde por los hombres. Pero mientras eso no sucede, o la transición se produce, nosotros, sin comprender sus iniciativas, asombrados como el campesino, nos preguntaremos interiormente su significado. Pues el ensayo de una modalidad nueva, que será inédita corriente de energía nacida milagrosamente dentro de un hombre, nos pone en guardia, porque nos hace temer por una convicción que nos habíamos acostumbrado a considerar nuestra.

Es que las acciones, como el polvo de ceniza de los volcanes, desmenuzadas son invisibles, amontonadas son poderosas. Por eso, si al principio el espíritu se niega tenerlas en cuenta, agrandándose poco a poco, esas partículas de nada, llegan a enterrar al que no supo evitar su fatal agrupamiento, y que aún contra su voluntad lo hará cambiar de ideas. Así luego, será él mismo quien trate de ajustar su existencia al ambiente a que ha de vincularse. Será él, quien abandonará aptitudes, sentimientos, quién sabe si deseos, a fin de hallar esa relación rítmica necesaria a su paz. Hasta es posible que dé preferencia a un "yo" distinto al suyo primitivo, para adaptarse a esa nueva forma de él, que logrará sin grandes sacudidas; puesto que, es reforma más fácil de realizar en una naturaleza normal, y por lo tanto insegura, que la obra teórica e inoportuna casi siempre, de combatir un medio.

## XI

Y puesto que la aptitud para recibir influencias está en relación inversa a la resistencia que a ella puede oponerse, las mujeres, débiles por naturaleza, han de ser y son magníficos receptores de impresiones. No es raro así, que esa intensa sensibilidad que ha afinado su temperamento, desarrolle en ellas un sutilísimo concepto de las cosas, y una comprensión exagerada que las aleja evidentemente de la realidad. Casi podría decirse que el ambiente les da esa maravillosa concepción filosófica, por la que voluntariamente se apartan de verdades que temen, y gracias a las cuales consiguen encarnar en ensueños sus irrealidades, y transformar luego sus ensueños en poesía.

Por eso no debe sorprendernos que sean mejores poetisas que prosistas, y que, aun cuando escriban en prosa den la sensación de que pensaran en verso, desde que sus ideas tienen más ritmo que fondo, más sonoridad que precisión. Es que viven todas de sueños, de pasiones. Su idealismo extremo las hace confundir lo real y lo irreal, como en la lejanía brumosa de un horizonte, se pierden los tonos grises del cielo, con los tonos grises del mar. Ese es su defecto más definido, y quizás su virtud más acentuada. Y defecto o virtud, es esa cualidad innata de su temperamento, la que les permite suavizar asperezas, endulzar amarguras, y atenuar los choque rudos con deseos de inmaterialidad. Son las suyas condiciones de poeta. Y porque son así, porque sienten así, y

encaran así la vida, es que expresan tan bien la musicalidad de las vibraciones, la etérea ligereza de los sentimientos, la cándida gravedad de las devociones.

Una exquisita poetisa llegó a decir una vez, que para ella, "todas las mujeres, escribieran o no, eran poetas de un mismo grado, o por lo menos, que alrededor de todas, flotaban estrofas de distintas formas, de cualidades diversas, y de variadas tonalidades. Que hay poesía en el gusto de sus trajes, como en la elección de sus libros, en la luminosidad de sus sonrisas, como en la sombra de sus jardines, en el orden de sus vidas, como en la fiebre de sus almas. Y que en el amor, en la piedad, en la simple coquetería de una mujer, había más poesía de la que pudieran encerrar un soneto o una balada".

Era ésta sin duda una poetisa que prodigaba su poesía, haciéndola renacer en el alma de todas las mujeres. Y en verdad no se equivocaba, a lo sumo exageraba; pero exagerando, es decir, tendiendo las verdades como un arco para que vibren intensamente, es como se llega a ese estado de alma, que ella promete a las demás, y que desde luego es el suyo. Porque la mujer juzga todo a través de su emotividad, o de su deseo, o de ensueños que la guían. Así por eso, cuando ama, o sufre, está dominada por emociones que ella misma agranda para engrandecer y para tener donde apoyar la razón de su locura. ¿No es eso crearse una atmósfera, hacerse una existencia que planea sobre la suya?

Un pensador dijo que, en amor, las mujeres como ciegas, sólo quieren sensaciones. Me parece que podría haber agregado: y en todo.

Si no fuera así, es casi seguro que no serían ni tan piadosas, ni tan sentimentales. Pero su idiosincrasia les permite sublimarlo todo, lo bueno y lo malo, alegrías, penas, place-

res, sacrificios. ¿No es esa una manera de sentir la poesía? No es la poesía de los libros, esa poesía exclusivamente literaria; es la de las cosas, que lleva de nuevo a los libros, pero en forma indirecta, y que entre líneas, visible o invisible, hace aparecer a la mujer como inspiradora, musa, ángel o demonio. Sólo que, por ser esa una manera pasiva de entrar en las páginas, en verdad no a todas basta. A veces sus condiciones la hacen desenvolver de otro modo, y entran a actuar en lides donde el materialismo intenta derrotarla, sin que ella se resigne a abandonar su carácter de soñadora, ni sus tendencias líricas. Y probablemente por eso es que en otros derroteros sus pasos son inseguros: se hace patente el desacuerdo que existe entre las condiciones que puede ofrecer y las que se le exigen para triunfar en géneros que no son el suyo. La prueba la tenemos todos los días. Imaginémoslas como dramaturgas, como autoras teatrales, y veremos que no existen; como ensayistas, y comprenderemos que valen poco; veamos cómo en su papel de novelistas resultan ingenuas, a veces por mojigatas, a veces por audaces, cómo rematan mal las situaciones, cómo hacen decaer los diálogos, y cómo también sus argumentos carecen de fuerza. En la crítica, salvo raras excepciones, son demasiado hirientes, y en filosofía, su profundidad es como la de un espejo, brillante pero falsa. Sus condiciones de impaciencia, de verbosidad, de inquietud, precisan emplearse en trabajos de imaginación, donde el pensamiento sirva para hacer guirnaldas, pero nunca para abrir caminos, ni para hallar soluciones. Por eso es que en la poesía triunfan, triunfan siempre, y triunfan ampliamente.

Allí pueden ser ellas, sin restringirse y sin torturarse; ellas con sus emociones, sus desencantos, sus ternuras, sus amores incomprendidos o correspondidos, y sus alegrías maduras, y

las melancolías de sus primaveras sin penas. Enfermas de emotividad, casi se identifican con la poesía que es también emoción. Las dos se mantienen en un mismo plano indefinido, de abstracción, de misticismo, donde todo trasciende a incienso o a humo, sosteniéndose en una razón única, la de la belleza, en toda y en cada una de sus formas.

Y creo que, en esas condiciones, no es raro que las mujeres sean como son, buenas poetisas...

## XII

La idea de que las mujeres sientan intensamente la poesía, y sean o no poetisas estén todas sujetas a su influencia, da interés al origen de esa causa que puede ser ansiedad de idealizarse o de idealizar, necesidad creada en virtud de la función que le incumbe en la sociedad humana, o condición innata de su temperamento. Acaso evolución operada en su espíritu, para llenar en ella una necesidad expansiva, casi fisiológica, resultante pudiera ser, de la estrechez de criterio con que se acogen todos sus impulsos.

Porque es evidente que, mientras se considera un mal al tratarse de hombres, estrechar su horizonte, ya que podría llegarse a la deformación de su espíritu, si se desarrollara un solo género de ideas, como cree Comte, ¿qué razones se aducen para sostener que ese mal se convierte en bien, al ser aplicado al sexo femenino? ¿Acaso nos hemos convencido de que la "profesión" de mujer, inhabilita para realizar lo que no sean deberes elementales? Y deberes que confundidos con sustracciones frívolas absorberían por entero la vida de una mujer. Sin embargo, así como los de los hombres, pueden ser los suyos trabajos múltiples, y múltiples

también sus preocupaciones. Pueden tener inclinaciones fuera de las estrechas, que para ella fija la corriente. Y así sería, si una inactividad contagiosa no la convirtiera en un ser de costumbre, que rechaza por principio toda idea de trabajo, y que elimina sus capacidades, admitiendo sólo las facultades de lo que hasta ahora se le ha concedido.

Opresión moral es la suya, en ocasiones llega a ser material. Razones sin duda que la obligan a desbordar su entusiasmo insatisfecho en ideales, o a traducirlo en ensueños, aun sabiendo que no tienen entrada práctica en el limitado cauce de su vida. Parodiando a Moreás, quién sabe si se dicen, que es preciso ser felices en sueños, para no correr el riesgo de morir sin haberlo sido de ninguna manera...

Quizás piensen como los arios que el deseo es el principio de las cosas; y porque así pueda serlo, adoren a Kama, creyendo en su poder, convencidas de que entran por él en contacto con lo inmaterial. Tal vez de que de ese modo se inicia la posesión de lo que puede ser felicidad. Que él es quien pone dosis de realidad en lo abstracto, y en lo concreto de idealismo. Idea que, como comienzo de poesía, reanima su forzada inercia, y en ciertos momentos aviva su obscuro heroísmo de mártir. Quién sabe si también razón que entretiene sus esperanzas y le permite ser inconstante con ella, modelable a la vida que la domina cuando la pliega a las circunstancias o la transforma a las voluntades. Y que la hace abandonar su personalidad para ser lo que no hubiera deseado ser.

¿No es voluptuosidad la que encierra esa idea poética que, callada libera el pensamiento? Idea que al cristalizar, haría nacer el deseo de divinizarlo todo, de buscar belleza y luego de respirarla con fruición, como respiraría el aire un prisionero que por un momento se viera libre. Porque la mujer,

constreñida por la ley moral y limitada por las leyes civiles. posee casi siempre cualidades de intelectualidad superiores a las necesarias para su género de vida. Pero, subordinada como lo está a todo, paralizada por el medio, sufre interiormente la desigualdad que hay entre sus ideas y sus realizaciones, y aun entre sus condiciones físicas y espirituales. Y pudiera acaso decirse que ese es su problema insoluble. En vano se le hablará de una igualdad que, si codicia es con recelo, porque sabe que nunca llegará a existir sino aproximadamente. Y cuando se le prometen derechos que éstos no son, sino una carga más agregada a todas sus cargas. Puesto que el feminismo que anhela mejoras, no ha podido hacerlas efectivas sino para la mujer sola; ya que sus conquistas resultan ineficaces para la esposa y para la madre, a quienes aumenta probabilidades de deberes al agregar a los ya ineludibles, los ahora posibles. Complica así en ella la acción, con ese doble revés que da a su vida. Y el difícil desenvolvimiento de sus condiciones producirá desigualdad aun dentro de lo que hemos convenido llamar igualdad.

Por eso, no a todas interesan las eventualidades que ofrece el feminismo. Interesan a las que están en los grados más altos de la intelectualidad, o en los más bajos de la depresión moral. A las otras nada importan los derechos de los códigos, ni las ventajas políticas, ni esa justicia que aun puesta a su alcance, les resulta en parte inútil. Quién sabe si porque es un complemento que no todas saben aprovechar, puesto que no todas tienen condiciones para la vida activa e intensa. Y eso, ese manifiesto desinterés, es precisamente lo que provoca el cisma en que se encuentra el feminismo. Pero el fondo de la abstención, no es como suele decirse, generalizada inaptitud para trabajos intelectuales, sino en muchos casos falta de estímulo, en otros exceso de deberes ma-

teriales y obligaciones morales, que reducen sus iniciativas, y en esa forma las empequeñecen, anulando posibles vocaciones. Además es indiscutible que en su vida sólo interesa, se tiene en cuenta y se valora, la parte de ella que da a los demás, y nunca la que se da a sí misma. No son sus gustos los que han de quedar satisfechos, ni sus inclinaciones las que han de contemplarse. De continuo, hay desacuerdo entre las rígidas disciplinas a que se les somete, y sus dotes incomprendidos o inconfesados. Así bajo aparente afinidad suele en ella ser todo desafinidad. Por eso es probable que, dentro de la relatividad de las situaciones, muchas, sino todas, vivan lo que un escritor argentino considera más crueles que los dramas del corazón, y que él llama los dramas de la inteligencia. Acaso, porque no basta tener conciencia de sus facultades, si se está obligado a seguir normas, costumbres, ideas, personas.

Así el caso de las mujeres tiene analogía con el de esos elementos que según Rodó, permanecen siempre sepultados e ignorados como mármoles que nadie hubiera arrancado a la tierra. Y podríamos ser muy bien las mujeres las que con ellos preguntáramos: "¿Y nosotros?". Nosotras seguiremos posiblemente en ese estado de restricciones en el que se retacearán derechos, y se diluirán condiciones promisoras. Por mucho tiempo, tal vez, sino en voz alta — por lo menos en voz baja — se preguntará a las feministas, como a aquellas primeras innovadoras cuando abandonaron las normas de lo que entonces se tenía por razonable: "¿Pero Vd. es o no es mujer?".

Es que no se quiere pensar que se puede ser feminista y femenina, como aquella princesa, directora espiritual de los reformados, que se complacía en frivolidades y aun tenía tiempo para inventar adornos que realzaran su belleza.

Pero pacífica por idiosincrasia, la mujer adora sobre todo la quietud. Rechaza así las luchas que le propone el feminismo, luchas en la que sabe que puede vencer o ser vencida, y acepta la pasividad, sabiendo que en esa forma nada obtendrá, ni nada tendrá que esperar; pero en la que quedan descartadas las intranquilidades, y no se corren riesgos.

La prefiere aunque para ello tenga que construirse todo, satisfacciones, placeres, consuelos, ideales. La pasividad sublimará su estado, su situación y sus sinsabores. Es una invención femenina, esa de ilusionarse con su propio deseo, y desnaturalizar el mal para tejer con sus briznas un nuevo beneficio. La mujer elabora así un concreto hecho sólo de abstracciones, puesto que refleja su espíritu sobre las cosas, para recibir a su vez el reflejo que anhela. Como los místicos sueña, y crea visiones, que sostienen la fe con las formas que ha creado su éxtasis.

Por eso, aunque no escriba, siempre es poetisa. Y mientras se forja lo irrealizable, espera como Danae que Zeus venga a visitarla desde el cielo en forma de lluvia de oro. Indefensa espera en la oscuridad, igual que si sobre ella se extendiera una capa de tierra, mutilada el alma, como esos trozos de estatuas, en los que según Rodó, buscamos una sensación de conjunto. Y es ardua esa tarea sin duda, cuando se trata como en este caso de obras maestras sistemática mente decapitadas.

---

## XV

Sin embargo, esa noción equivocada que se tiene sobre las mujeres y que, se les obliga a aceptar, no desvía el cauce de su sensibilidad, sino que por el contrario, afirma en más segura corriente su sentido moral. Son así más afectivas que los hombres, y más sensibles también a los afectos, Pudiera decirse que, acaso es ésta una de las razones por las cuales en amor son más abnegadas, más fieles en amistad, apasionadas, y devotas siempre, como si todo su deseo fuera extravasar sus sentimientos. Por eso su amistad es profunda y simple a la vez. En ella derraman ese entusiasmo espiritoso de su temperamento; y no es culpa suya, si son condiciones de su carácter, las que hacen evaporar pronto pasiones tan llenas de vitalidad. Así por breve tiempo son excelentes amigas, ¿podría pedirse algo más? ¿Acaso no olvidan también los hombres? ¿La amistad no es siempre un sentimiento efímero? Despierta como el amor cargado de proyectos imposibles, irrealizables en su gran mayoría; algunos demasiado pesados para que pudieran soportarse sin ningún sacrificio, y otros pasan tan fugaces, tan ligeros son, que apenas llegan a posarse un segundo. Por eso no debemos esperar sino amigos de paso, que nos dejen un agradable recuerdo y que a su vez puedan guardar la imagen de una hora nuestra. Porque de continuidad difícil, e imposibles de reanudar, las amistades se pierden en la primera separación. Como si la impresión del encuentro nos obligara a decidirnos en

pro o en contra de una posesión que nos hemos habituado a no considerar ya imprescindible.

Y este es un hecho que sucede día a día, pero que aun así nos sorprende. Porque nos sorprende haber perdido un cariño, haber olvidado un amigo, haber abandonado por torpeza o por negligencia una agradable partida de amistad. Eso nos ha hecho dueños de un desengaño que hubiéramos preferido evitarnos, dejando el sentimiento en uno de esos paréntesis donde se refugian las imágenes, olvidadas y amarillas, entre las hojas que nunca se pasan.

Y hemos tenido que salir de nuestra zona de calma, para darnos explicaciones falsas e inútiles. Para convencernos de que la inconstancia es una cualidad y un defecto que han heredado los hombres, una inquietud que los hace perdonar y renovarse, y por cuyas evoluciones debemos admitir que la unión de dos caracteres y de dos temperamentos afines, pero múltiples, sea una unión humana, sujeta a metamórfosis, sin nada de indeleble.

Pero todo esto, recién lo conocemos cuando la ausencia nos pone frente a un sentimiento que fluctúa, que se engrandece y se borra, que fosforece como una .estela dejada al pasar, o renace de sus cenizas. Cuando ya no es la misma amistad, y la influencia del tiempo se ha interpuesto entre ambos. Estamos entonces ante otro amigo, al que nos cuesta seguir dando un nombre conocido. En vano nos empeñaremos en transformar a nuestro modo esa presencia, cuyas superposiciones nos desconciertan; en vano haremos una defensa de nuestra fibra emotiva, y la haremos, sólo, para evitar que mezclados al sentimiento se evaporen gérmenes de nuestro pasado.

En nuestro viejo amigo, hoy amigo nuevo, ha muerto ya algo nuestro, y algo también de él ha muerto en nosotros.

Era una unión hecha de motivos ilegibles, a los que el tiempo y la distancia habían dado forma, en la quieta laguna de los recuerdos; unión de fantasmas que la luz disipa. Por eso, es que en la mirada indescifrable de ese amigo que ya no encontramos, sólo descubrimos el esfuerzo que él también hace, para que con la sorpresa no se pierda lo que de nosotros no había llegado en él todavía a desvanecerse, y que no resiste el adiós doloroso del encuentro.

Sucede esto acaso, porque lejos uno de otro, su evolución ha podido hacerse libremente, sin recibir esa parte fatal que influye sobre cada uno con frecuencia en sentido inverso al de su corriente íntima. Tal vez también, porque al perderse el ideal pasajero que unía, se ha roto la continuidad de acciones que habrían sostenido la amistad. Las diferencias que indefectiblemente llegarían a producir motivos ulteriores e imprevistos han sido así, eliminadas de raíz. Una separación franca deja manifestar sus naturalezas, sus vocaciones, sus voluntades, sus sentimientos, como si recién al aislarse y, desde luego al separarse uno de otro, hallaran sus verdaderas personalidades. Cual si entonces sintieran nítidas sus impresiones, claras sus ideas, que ya en el primer encuentro han de chocar como energías contrarias e inasimilables, que al no poder absorberse, provocarán efectos de evidente incompatibilidad. ¿A qué atribuirlo? ¿A la evolución de la naturaleza que prepara ese pronto olvido? ¿A la acción del tiempo que lo permite? Admisible es más bien el poder de las condiciones que cada uno desenvuelve una vez lograda su independencia de espíritu. Porque, si bien la separación ha hecho perder un sentimiento viejo, en cambio ha permitido desarrollar una sensibilidad nueva. Ya que obra de la presión exterior, habría sido aquella que, como hechizados, nos hubiera hecho seguir modalidades de incomprensibles razones para

nosotros, y desconocer formas de sensibilidad que, desalentadas no asomarían a la vida. Posibilidades que se ramificarían caprichosamente, llenas de brotes, promisores y ricos, pero como corales que nadie arrancara al fondo de la subconciencia.

## XIV

Y porque la amistad al desvanecerse pierde su carácter, sin que su momento de cristalización baste para incorporarlo a las tendencias misteriosas que mueven el espíritu, es probable que sea por lo que despierta en nosotros un interés menor que los otros sentimientos. Así, si pudiéramos abrir una ventana hacia el tiempo, la historia nos ofrecería una sucesión ininterrumpida de amantes, nunca de amigos; si nos asomamos a la literatura presenciaremos de nuevo escenas de amor, pero no oiremos palabras de amistad. Tendríamos que creer que ella ha sido olvidada, o que no existe, que no ha existido. O que no nos interesan sus días monótonos, parecidos a los que los barcos pasan anclados en los puertos, al abrigo de las tempestades, sin que las olas arrullen sus sueños, ni el viento los haga temblar con sus caricias. Días sin emociones, sin leyendas, de pequeñas ternuras, de sacrificios obscuros. Porque como en las virtudes domésticas, en nuestro concepto sobre la amistad parece que hubiera un pequeño mal entendido: no se cotizan las condiciones que se exigen.

Esa desvalorización produce la amistad falsa. Obra, mitad de los individuos, mitad de las circunstancias, que ha anidado allí, al abrigo de la amistad verdadera, quién sabe si con la buena intención de consolarnos. Porque si miramos a

nuestro alrededor, y más allá, y más allá todavía, la veremos siempre como un sentimiento en declive, desvaneciéndose ante el amor, borrándose ante el interés, desgranándose como las perlas de un collar cuando una mano tosca juega con sus hilos.

Así es como sólo de cuando en cuando vemos un caso de excepción, en el que la amistad triunfa sobre las otras pasiones. Ese es el que Raynal describe en su obra, tendiendo el sentimiento de un hombre a otro, entre los que inútilmente se interpone una mujer. Y ese caso es raro, como lo era esa amistad que unió a Mme. Recamier y Mme. de Staël, probablemente a causa de Chateaubriand, a quien ninguna de las dos hubiera querido perder... cada una dentro de sus posibilidades. Y después, vemos sólo pequeñas amistades que, como flores se abren de mañana para marchitarse de tarde; todas eslabonadas por el interés de un momento, o de una comunidad, y a veces sólo por comunidad de un interés. Vínculos estrechos, mal consolidados, que parece que sólo hubieran de existir entre seres de un mismo sexo, porque de lo contrario nace siempre la sospecha de un amor.

Y sin embargo la amistad de un hombre y de una mujer, es la más factible, y la que puede tener principios más hondos, porque si en ella hubiera un interés sería espiritual y no material. Un idealismo cimentado entre dos constituiría su fuerza, algo que se ha tejido a medias, y que no abatiría, como corrientemente sucede una rivalidad.

Sentimiento siempre profundo, pero eso sí, breve. Fluctúa entre dos estados, uno que empieza a desvanecerse, y otro que empieza a insinuarse. Ha nacido siendo protección tal vez, o piedad, o simpatía, o amor, o recuerdo. Se ha plasmado en la forma más dulce de la emoción, en el más sincero desinterés. Durante un momento ha sido sólo el placer

de ser alguien para alguien. Eso ha bastado a darle derecho de existencia, nobleza a la idea. Pero demasiado espiritoso, sus vapores marean, y vacilante habría terminado así su rato de eternidad, habría vuelto a ser una sensación nueva, otra vez piedad, o afecto, o simpatía; un amor tranquilo, comprensivo, largo como una aurora polar; frío, y suave, cuya acción iluminaría los demás sentimientos, sólo por el hecho de haber existido. Acción, aun susceptible de extenderse, y que descentralizada, todavía calma y dulcifica. Afecto que diríase hubiera necesidad de aprender como una ciencia, y de practicar para poder a su vez enseñar. Probablemente porque sus efluvios producen reacciones al cristalizar, reacciones iguales a las del amor o a las del odio; que una imagen orienta, pero dejando en el alma un curso abierto para que se sucedan análogas impresiones, si bien inconscientemente destinadas a alejar ese primer fervor, contorneando siempre su principio, que apagado puede aún guiar y servir de móvil misterioso.

## XV

Pero, si desencantados de la amistad, quisiéramos acaso convencernos de que hay sentimientos más seguros y profundos, habría entonces que creer en el amor. Amor que asoma a los libros, que anima las leyendas, que abarca una gran extensión de la Historia, que está alrededor nuestro, que noche a noche vibra en la escena, o resuelto en celos llena los hospitales de sangre; que de todo fluye y todo lo transforma, que traspasa principios; y es perverso y divino a la vez.

Penélope, Helena, Desdémona, Beatriz, Ofelia, Julieta, Graziela, cada una representa un concepto distinto del amor, una comprensión especial, una felicidad única, y un único

sufrimiento. Y no es sólo pasión que arranca inconscientemente de cada enamorado e impetuosa persevera, amor es también sensibilidad, que suscita emoción suave en los felices mortales sobre quienes se derrama. Sin contar con que es un sentimiento en el que sueñan los que nunca han sido amados. Anticipándose a su suerte — poco favorable — Samain, cantó amorosamente a una mujer que no llegó a conocer jamás. La vida de Heine fué un prolongado desengaño de amor. Pasión son "Las Noches" de Musset, la música de Schumann y de Chopin, la agonía de Isolda, la muerte de Werther. ¿Y cómo podríamos todavía no creer en el amor, causa de tantas infelicidades y de tantas dichas? Esa sensibilidad que hace soñar, las distintas intensidades de la energía, el deseo de vida o el deseo de muerte, no son más que complementos del amor. El abrevia o aumenta esperanzas, estimula preocupaciones, da forma al hallado destino, obliga al renunciamiento, y una efusión de debilidades, es también obra suya.

Y si está en todos los apostolados, en todas las devociones, si es acción y calma; aunque parezca paradójico, puede ser en ocasiones egoísmo. Porque si puede determinarse en un anhelo, concretarse a una persona, o suspenderse indefinido: como a las artes, a la poesía, a la ciencia, a la vida, a la humanidad, o encarnarse en lo breve, y transitorio vagar sobre todas las cosas, puede ser amor por el amor, que es amor por sí mismo.

Hay de un autor, agradablemente desconocido — porque según Baudelaire, sólo lo habrán leído Víctor Hugo, Gautier, Sainte-Beuve, y él — una página, bella entre las suyas, una página de amor, que describe la agonía de una mujer joven y hermosa, y su dulce desesperanza. La hace aparecer entre los cortinados de su lecho, se le ve a la luz vaci-

lante de una vela, diciéndose: "¿vendrá?". Y sin que los pasos tan deseados resuenen en la escalera, sin que ninguna voz acompañe en el silencio sus últimos suspiros, sola, dice todavía: "Trataré de dormir pronto, para soñar con él en la eternidad..." Una muerte plácida y cruel como ninguna fué aquella, que no entra en los cánones de todas las muertes, y una pasión que tampoco se encuadra en sus corrientes conocidas. Bendita superioridad de un amor que no pide amor para persistir, y acaso tampoco vida. Porque si es extraña esa esperanza que como venenosa mata, lo es también ese amor singular, tan dulce y tan sostenido, al que ni la ausencia ni la traición han logrado debilitar. Sin duda amor que no fué heredado de aquel primero, que Hesíodo atribuye a Erebo y a la Noche. Y quién sabe, si por eso no recibió el fuego del volcán, ni el misterio de la oscuridad; si por eso no fué voluble hermano del éter, ni breve en su eternidad como hermano del día.

Porque si en el candor de la pasión los enamorados aman como la bella agonizante, ilusionados por la fidelidad de los primeros juramentos, y mareados por la esperanza, dan seguridad a los instantes inciertos; si en su vehemencia, creen eterna esa hora, suspendida entre la razón que muere y la pasión que nace, pronto olvidan como su amante, presionados por la inconstancia de un sentimiento fluctuante y caprichoso. Sólo que nadie busca seguridades en el amor, sino esa trama de sensibilidad, de ternura, de confianza, de sobresaltos, de pequeños halagos y de pequeños placeres. Y esa emotividad que nace como cascada, transfigurándolo todo; energía maravillosa que pulimenta, inflama, crea un nuevo orden de cosas, una mentalidad distinta, y que en sus acentuadas evoluciones hace que el amante también se desco-

nozca. Pero siempre clamor íntimo que zumba en la frente, arrastra dominador, y en la aurora de la emoción anuncia el sol, sin decirnos si precede a un día radiante o a un día lluvioso, si es principio de alegrías o de penas. Penas y alegrías que, apagado el amor, continuarán todavía en corrientes de sueños a través del tiempo, cuando lentamente cada uno vuelva a ser lo que era, desaparecida ya la yuxtaposición de valores ficticios, cuando se desvanezcan las ilusiones más persistentes, y la verdad se restablezca de nuevo.

Amor tal vez que, como saeta ha cruzado la vida, y como ella también ha podido clavarse profundamente, y hasta dejar un dolor vivísimo, si el destino o los hombres lo arrancan. Fatal, como el de la bella de quien habláramos ahora. Sólo que, tierna o violenta, la desilusión, es todavía amor. Un amor triste, no compartido, indefinido, que se refleja ya en otra cosa, pero que penetra en la obscuridad del abandono, como esos rayos de sol que atraviesan los intersticios de las celosías mal cerradas, y llevan a la estancia, ya lúgubre, un recuerdo de la alegría de afuera. ¿Conformidad? Más bien continuación obligada de las fuerzas de la vida. Hora que puede ser la más grave entre las del amor. Que es la de Nora. La que penetra definitiva, sin levante para el pasado. Que remata todos los sacrificios, y mina hasta las bases de la primera emoción, porque revela las distancias que no se sabía que existían, y presenta una verdad ignorada.

¿Y en qué forma se resuelve ese amor, que sólo en la subconciencia podrá prolongarse? Pudiera ser que en ninguna. O con un desplazamiento, o un amor animado bajo otro aspecto. O con movimientos simultáneos, que a veces llevan a polos distintos, como razón de un sentimiento que no pudiendo mantener ya la unidad, se ramificara. Pero evolución

que se realiza con el temor de ser ya otro; tal vez de no haber sido nunca lo que se pensaba. Será así difícil librarse de esa influencia dolorosa, de esa esperanza que hay que sustituir, de ese desengaño que ha filtrado poco a poco en el espíritu, y que al concentrarse da ocasión a estrechar más y más las posibilidades. Entonces, el estímulo de una felicidad nuevamente entrevista, no disipa por completo el temor ya conocido del desengaño, del error que podría otra vez resolverse en incomprensión. Amor, sin embargo, que no ha obedecido a otra ley que no sea a la del sentimiento. Por eso continúa en sus múltiples formas, siempre clara esa visión que surge entre no conformadas ilusiones, sin que las perspectivas de morir de desencanto — como la enamorada de la leyenda — quiten seguridad a su siempre viva esperanza.

Y acaso por eso, todo se renueva, si es preciso, para que el amor continúe, y se ama constantemente como por primera vez. Sin que al borrarse una figura mueran con ella las esperanzas; embriagados con una inocencia nueva, ya que un santo olvido hace creer a cada uno en la excepción de sentimientos que no tuvieran fin. Y no es improbable que, si alguna vez quisiéramos traspasar la apariencia de los sentimientos, y saber de dónde arranca el poder de esa influencia que convulsiona el espíritu, que inexorable entrelaza contradicciones y desata todas las manifestaciones de la pasión, tal vez tuviéramos que buscarla en la necesidad de espiritualizarnos, y para ello, de activar esperanzas y materializar ideales. O en el deseo de sentirnos forjadores de felicidad. Si no de una felicidad absoluta, por lo menos en la de esos pequeños milagros cotidianos que la reemplazan, según Virginia Wolf, como fósforos que un hechizo encendiera en la oscuridad.

## XVI

Evidente es que, la energía activadora de deseos, y de pasiones, es lo que vuelve agradable la vida; según otros lo que la torna soportable. Creo que era Barrés quien decía, que: "sólo así, con un entusiasmo a mano, vale la pena vivir". Y fuera o no Barrés quien lo dijo, es probable que así sea. Es probable que sólo seamos felices mientras sentimos el acicate de un deseo, mientras tenemos un ideal a la vista, y hallemos perspectivas que ocupen nuestras fuerzas dispersas, o mientras fuerzas dormidas, para transformarlas en corrientes de energía, encauzándolas hacia alguna bella finalidad. Eso sí, hacia cualquiera. Porque lo esencial, lo interesante, es que se determinen como corrientes activas, y que al unificarse dentro de cada uno, dominen como atracciones motrices.

Y hay que llegar a esa conclusión salvadora. Conviene creer que todo depende de nuestro entusiasmo, de esa potencia interior, que disciplinada gobierna por su razón, e indisciplinada subyuga aún con su vehemencia. Entonces es como desborde de un río de sentimiento o de idealismo, que arrastra los obstáculos que la previsión o las convenciones ponen a su paso. Pero a veces, por desconcierto o por premeditada cobardía, ordenamos en principios generales, deseos, emociones, o ideas, que, como prensados entre raciocinios fuertes, causan el provisorio aniquilamiento de la voluntad. En esos casos obedecemos a un placer pasivo, melancólico, quizás ya refundido en cansancio. Sin embargo, pre-

ferible es, al más apacible de los estancamientos, el vértigo de la acción. El placer de hacer, como llama Valery, a ese placer extraño, complejo, atravesado de tormentos, mezclado de penas, como él dice, "placer de conseguir", al que no faltan inconvenientes, ni amarguras, ni dudas, ni aún desesperanzas, y que a pesar de ello será fuerte.

Y ése, nace de la convicción de que se posee un derecho sobre la vida, o de que dentro de uno existe materia para modificar parcialmente el destino. De que somos un poco dueños de la existencia. Seguridad que nos obliga a una actividad fecunda, en ideas, en acciones, en ideales. Y si no fuera así, si procediéramos de otra manera, podríamos llegar a tener la sensación de haber vivido inútilmente. Tener la impresión de que por pacientes, habríamos anulado la vida en su base. Acaso, porque bajo el signo de virtudes negativas, uno se elimina, si inconsciente se arrodilla ante un destino, quién sabe si improbable. Virtud estoica, que en consonancia con sus resultados, sería desmoralizadora.

Porque, ¿qué podríamos hacer sin pasión y sin ideales? Siempre entre visiones concretas, verdades conocidas soluciones anticipadamente resueltas. Sin esos sueños originales que vinculan a lo imposible, sin emanciparnos nunca, sin equivocarnos jamás, marchando sobre carriles gastados a fuerza de pasar siempre por ellos la conformidad. Esa conformidad que no habiendo sido excusada por falta de condiciones, deshojaría todos los propósitos en la inacción, de una calma sin rebeldías, mansa y estéril, donde el individuo incapacitaría su voluntad como si se hallara bajo el efecto de un alcaloide, sugestionado por un prometido estado de dulzura. En vano ya, pudiera íntimamente prometerse aspiraciones, que, por costumbre de conformidad, se apresuraría él mismo a rechazar. Extinción nefasta del pen-

samiento sería esa que, extremada acaso llegara a ser descenso a la animalidad.

¿Y puede considerarse esa forma de la resignación, virtud? ¿En nombre de qué razones lo haríamos? ¿Qué influencia benéfica pudiera aportar a la existencia de la humanidad, esa vida tan al borde de la muerte? Abandono, que, casi es suicidio de los deseos, pasividad angélica que fecundaría inclinaciones hacia la pereza, o hacia la negligencia. Inactividad que se magnifica al calificarse de virtuosa, y cuyo concepto, propicia la permanencia de los mediocres en su malsana mediocridad, y la de los desgraciados en su desgracia continuada. Y así el abandono de sus propias energías, al extremarse, desviaría involuntariamente la razón, y crearía el desventajoso problema de la impersonalidad. Evidentes errores, a los que conduce la influencia pasiva y eliminatoria.

Quien la sienta como conveniente, que prosiga; pero que no intente propagar la engañosa esterilidad de la inacción. De lo contrario habría que pensar que, si la conformidad es virtud, y su balsámica estancación fuera una bella cualidad, es simplemente porque hay virtudes negativas, opuestas al entusiasmo que es pasión, al ideal que es superación, al deseo que es vida. Quizás también, al desarrollo de las evoluciones, que han de operar en nosotros continuos cambios y provocar benéfico desasosiego de inquietudes, ya que obsedidos de ideales hilvanaríamos siempre juntas esperanzas y acciones.

Por eso, si cambiada nuestra idiosincrasia, aceptáramos dejarnos envolver por esos flúidos estériles, si así pudieran llamarse, seguiríamos como camalotes en beatífica resignación el empuje ajeno, sin haber conseguido sino una tranquilidad sostenida por molicie espiritual. Ya que, desaparecidas nuestras ideas, muertas nuestras acciones, en declive

moroso iríamos convirtiéndonos poco a poco en guardadores de convicciones ajenas, conformes ya con ese destino de acólitos, que al reducir nuestras posibilidades, nos haría alimentar sólo el fuego de sentimientos que otros hubiesen tenido, quién sabe si muchos de ellos hechos ya polvo en las urnas del tiempo. Y eso, sin saber aún si la alabada resignación habría sido interés o temor, pequeñez o adaptabilidad, impotencia, pereza, impersonalidad, o una mixtura singular de sentimientos que, perjudicial como la de un cocktail, puede por momentos, engañar sobre sus propiedades.

Pero acaso sabiendo que hay en esa mezcla buena y mala de razones encontradas que llevan a la admisión del sufrimiento, y que está hecha de goces pálidos, esperanzas pobres, dichas al alcance de todos, realidades pueriles, candorosas también, algo de lo que uno quisiera poder repasar todos los días, si aquietado el espíritu, se conservase un resto de fe, como soplo de un entusiasmo apagado.

## XVII

Entre los poemas de Amado Nervo, hay uno que podrá no ser su mejor poema, pero que a mí me ha impresionado más que ninguno. Tiene la gracia sencilla de todos sus cantos, esa dulzura profunda de todas sus inspiraciones. Y sobre todo para mí, ese algo indefinible que nos llega directamente, que nos conquista sin saber por qué, como esos rasgos fisonómicos que sin ser más bellos que otros, son los que nos cautivan.

Es un poema que reconforta como un rezo, y que hay que releer a menudo para afirmar la fe en la vida. En él se habla

de esa pequeña dicha que temerosa golpea en nuestra puerta, que de puntillas y con los ojos bajos se acerca si le abrimos, y cautelosa se retira si no nos interesamos por ella. Y que no apreciamos, porque no viene precedida de fama, ni acompañada por la fanfarria de sus beneficios. Sencilla, modesta, silenciosa, pasa a nuestro lado sin que la veamos, como una Cenicienta a quién no hubieran adornado aún los atavíos de princesa. Ella viste el traje de todos los días, se acerca con la sonrisa monótona de todas las horas, no ofrece nada que deslumbre; sólo un placer desteñido al que no nos animamos a llamar placer. Como sonámbulos nos detenemos a su lado, probablemente dominados por su influencia que desconocemos; tocamos su forma sin sentirla y algunas veces la derribamos porque nos parece que incomoda en nuestro camino. Atraídos por algo lejano, seguimos con la vista fija un motivo brillante, grande, inaccesible. Y nos alejamos o vemos alejar sus pasos sin pesar. Pero el poeta que, como todos los poetas, sabe distinguir bien los matices del corazón, nos hace sentir ese placer discreto, que puede parecernos molesto, cuando demasiado insistentemente golpea a la puerta para entregarnos su pequeña ofrenda, hecha de dulces deberes y de placeres ínfimos; tesoros a veces demasiado pesados, que se hunden en la arena de los días, y que nadie puede volver a encontrar. Pero hemos aprendido a conocerlos, a esperarlos, a calmar nuestra sed en sus copas.

Descubrirlo es ya un privilegio, es acaso saber ser feliz. Sólo que muchas veces, la mayoría de las veces, como aquellos árabes del cuento de Aladino, que se apresuraban a cambiar sus lámparas, nosotros, creyendo beneficiarnos, nos apresuramos a cambiar esos goces que nos parecen vulgares, porque el uso los ha revestido con una pátina opaca, y entregamos un tesoro por un placer falso.

De nada nos serviría después, quejarnos, ni decir que hemos sido defraudados en nuestras esperanzas, que el destino ha sido injusto. Pero ¿habríamos dado al destino su parte en nuestros beneficios, si hubiéramos llegado a triunfar? Seguramente, entonces no hubiésemos pensado en nuestra buena estrella, sino en nuestra clarividencia. Pero hemos perdido, y no aceptamos la derrota sino atribuyéndola a la casualidad, para hacerla menos amarga. No queremos reconocer que nos hemos engañado, abandonando la única felicidad tangible, la que hubiera podido vivir de nuestra convicción, la que tiene sus límites dentro de nuestra ilimitada fuerza creadora y nos permitiría ser felices sin dejar de ser nosotros. Para ello bastaría que hubiéramos conseguido comprender la relatividad de lo posible dentro de lo imposible, y que hubiésemos aceptado esa pequeña parte de satisfacción abordable que flota en la gran inexistencia de lo ideal.

Así, nos habríamos evitado el riesgo que anota otro gran poeta: el del hombre que no conociendo en ningún momento la felicidad, pasa por la vida como el viajero que no ha viajado nunca sino de noche. Y sería correr ese riesgo, pasar sin preocuparnos de la eflorescencia de esas pequeñas dichas; sin recoger los efluvios dúctiles que se prestan a envolvernos, y sumisos se acaman ante nuestra indiferencia, como las mieses, por la presión del viento.

## XVIII

Recuerdo que siendo yo todavía una colegiala — que vestía como las novicias, y encerrada en el claustro de mi casa, peinaba austeramente lacias trenzas — llegó hasta mi retiro con el entusiasmo endémico de las frivolidades, una moda

que adquiriera entonces características de manía: la de coleccionar autógrafos. De aquella época guardo religiosamente páginas de interés, y entre ellas, una, escrita por un intelectual uruguayo, que termina con esta frase sugestiva: "La vida sigue siendo siempre bella, y vale la pena de vivirse, pero ese es un arte tan difícil, como la difícil facilidad literaria que recomienda Horacio".

La impresión que debió causarme el pensamiento la he olvidado; pero estoy segura de que en aquel momento sus palabras no debieron interesarme muy vivamente. Porque a los quince años se vive sin pensar que se vive, y se goza sólo porque es natural gozar. Maeterlinck dice que: "el más feliz de los hombres es el que conoce mejor su felicidad". ¿No debíamos agregar, y el que la ignora en absoluto? Porque no podemos negar que es feliz el que gasta las riquezas de un placer que considera inagotable. Ya que luego, con el primer desengaño se empieza a pensar si vivir es un deber o es goce, y si el deber puede convertirse a voluntad en goce. Es que entonces se ha perdido algo de esa riqueza, porque aunque se sepa que se posee, se ha perdido la despreocupación de poder despilfarrarla. Y ese debe ser el comienzo de la dificultad de que hablaba aquel viejo escritor amigo mío, con el que todavía no he logrado ponerme de acuerdo. Y no lo he logrado, porque no he modificado mi primer concepto sobre el placer de vivir, aun cuando creo que éste reside en una condición adicional al individuo, en la de saber bordar de ilusiones cada verdad. Porque, eso sí, creo, que si no fuera así, y un día quisiéramos despojarnos, y despojar al mundo de los átomos superfluos de la imaginación, ese día llegaríamos al borde del desencanto, empobreciendo la vida, y sus recuerdos y sus esperanzas.

Pero hemos conseguido dar a cada verdad su envoltura

de poesía. Le hemos dado a su inestabilidad una fe que emana de nosotros, y que es lo que nos permite acrecentarnos hasta en las depresiones. Filosofía hecha para satisfacernos, que ha creado la ficción del placer, y la esperanza dentro del dolor. Porque como esos jardineros que podan las plantas haciendo con ellas dibujos geométricos, nosotros podamos los sentimientos, y a nuestro antojo les damos las formas que nos convienen.

Se dirá que es falsa nuestra realidad. Pudiera ser... Pero eso no la disminuiría. Nada se pierde con que la forma primitiva quede como una trama gastada debajo de la fantasía, y que el anhelo y el ensueño retoquen sus colores. Desde que si admitimos el procedimiento, habremos hecho posibles muchos imposibles.

La historia o la leyenda — no sabría decir cual de las dos — cuenta que un día Renan, hablaba entusiasmado del paisaje más hermoso del mundo: "Un rincón de lago azul, y la curva de un camino..." y que agregaba, "lo que sí no recuerdo, es si en realidad alguna vez lo ví".

Es este arte de crear, el que se precisa para vivir. Porque no todas las cosas tienen necesidad de existir para hacernos felices. Muchas veces basta pensar que existen. Así ese camino y ese lago, no fueron menos bellos porque sólo Renan llegara a verlos, ni la impresión dejada en él, fué por eso menos fuerte. Consiste todo en saberse forjar ilusiones, poesía, sueños.

Pero quizá mi fácil teoría será para algunos tan difícil, como la difícil facilidad literaria que recomendaba Horacio.

. . . . . .

Dicen los viajeros que recorren las tierras de América, que hay en ellas una laguna maravillosa, encerrada a me-

dias en una gruta, cuyas aguas tienen un extraño y definido tinte dorado; y que según cuentan las buenas gentes del lugar — esas que todo lo saben — ello se debe a que hace cientos de años, un avaro habría cavado una fosa profunda entre las piedras, oculta a la mirada de los hombres, para esconder en ella su fortuna, que era inmensa. Y sólo ignoran si fueron sus lágrimas, o las lágrimas del tiempo, las que habrían dado origen a la fuente; pero sí, que una acción continuada de las aguas, habría limado las joyas, y llenado de áureos polvos la laguna.

Una relación existe entre los tesoros que encierra la leyenda en la roca virgen, y los que guarda la naturaleza de los hombres. Porque allí también hay tesoros perdidos, oro que es descomposición de reflejos; allí también hay dueños de fabulosas promesas, y de ellos es el milagro que la luz renueva día a día en el color de las aguas. Así, si unos precisan para alcanzar el bagage fascinante de una realidad que podrá no ser realidad, sumergirse de bruces en el abismo, embarrarse en el fango, y al intentar la pesca tal vez perder la vida; otros en cambio se enriquecen con la belleza diáfana de la superficie, que la existencia ofrece a cambio de un poco de confianza.

Pues no hay que imaginarse a la felicidad como un objeto cualquiera, puesto por la providencia a nuestro alcance, para que tocándolo, podamos convencernos a cada momento que nos pertenece. Ni buscarlo fuera, sino dentro de nosotros, en ese único poder indiscutido que nos permite crearnos algunas dichas y detener algunas desventuras; como nos permite encontrar oro en el color del agua, placer en nuestro amor, y como decíamos antes, felicidad en esas pequeñas dichas que se evaporan sin rótulo.

## XIX

Pudiera ser que, una de las mayores dificultades que hallara el hombre en el camino de su felicidad y que provoca la tragedia íntima de su desasosiego, esté en que se habitúa a las sensaciones y entonces se imposibilita para apreciarlas. Deja así de hallar en ellas su carácter. Por eso, para sentir hondamente, le es preciso renovar causas, o contornos, imágenes, fantasía, que le permita realizar en su alma una mudanza íntima. Medio único de cambiar su fondo imaginativo. De ahí que conciba tan bien lo nuevo, lo hasta entonces no sentido, puesto que ninguna renovación interior será tan completa como esa que, porque han provocado motivos externos, se logra al evolucionar de acuerdo con esas razones.

Conocido es el verdín que la acción del tiempo, en imperceptible trabajo, va dejando sobre el cobre de las estatuas, que desnudas desafían sus inclemencias. Y así, otra herrumbre igual, hecha de cansancio, de monotonía, queda también sobre los días descoloridos de la existencia. Lo cotidiano toma un solo tono, el uniforme color de las sensaciones iguales. Por eso, al salir de ello, en lo que quiera que sea, es algo de nosotros, una esencial inquietud, lo que buscaremos. Acaso preocupación nueva que vigorice la voluntad o anime la imaginación. Quién sabe si porque en nuestro contacto con lo hasta entonces desconocido, descubrimos esa parte de "inexistencia" que está siempre pronta a revelarse, para infundir un alma a las cosas, hallar otra fisonomía en los seres, encender un encanto en la vida. Efectos todos que

brotan dentro de uno con el desordenado apresuramiento del entusiasmo. Porque de un ambiente limado por la costumbre, pasamos a un exterior ignorado, que penetra dispuesto a conmover fibras que ya no sentían, embargadas como estaban, por la monotonía de un tic-tac repetido como el de las horas, y que igual a éste provocara también insensibilidad.

Acaso por eso, precisamos de otra expresión, que sugiera pensamientos y avive emociones, a modo de lo visto por primera vez, o de lo que sentimos como si así fuera... Pero que luego volverá a perderse, como si las ideas se adormecieran por esa sedante sucesión de causas idénticas; continuidad que impresiona, como si se agregaran velos sobre velos, hasta esfumar por completo el motivo, y quién sabe si también, hasta dificultar la visibilidad al extremo de producir su absoluta desaparición.

Escrita, la idea puede parecer paradójica; sin embargo nada más exacto, ni más corriente que esa verdad que se desnaturaliza en razón inversa a la de su evidente potencialidad. Como si hubiera de desleírse en la costumbre; y un exceso de presencia diera ese resultado. Pudiera acaso decirse que es porque las sensaciones se desgastan con el uso. Que nómadas son las almas, y que ellas obligan a ese continuo errar de los sentimientos. Hasta que un instinto de vida nueva es lo que nos hace desinterar por aquello que ha tomado ya forma definitiva en el espíritu. Acaso necesidad de extravasarse sea la que hubiera de provocar esa transformación, hecha a veces sólo de transposiciones, pero susceptibles de crear el milagro de la renovación íntima, que ha de ser como fuente espontánea de emociones frescas.

Curioso efecto de vida interior que suele obtenerse de extrañas maneras, sea por medio de abstractos que vuelvan a

lo vago, permitiendo crear un nuevo principio, sea suspendiendo la realidad, para darle caracteres de recuerdo.

Y esto nos resulta necesario, a pesar de esos "centros de perspectiva estética", como alguien llama a los motivos principales que, innegables, están dentro de cada existencia. Centros que permanecen estáticos, como principios de emoción o de interés; pero en torno de los que es preciso hacer girar un sin número de factores, que han de contribuir a mantener la integridad de la razón inicial. Y así en los sentimientos como en todo, debe variarse la perspectiva moral o la perspectiva real, a fin de provocar una necesaria reanimación. Indispensable medio de hacer revivir las cosas que el entusiasmo ha poseído o la admiración ha gastado. De ellas habrá que extraer así nuevos principios, y arrancar consecuencias variadas, ya que la imaginación necesita de esas mil florescencias para intentar sentir otra vez el motivo capaz de detener un instante el deseo.

Proust dice: "Una sola vez fijé mi atención en uno de esos palacios de Gabriel, que veía todos los días. Era de noche, las columnas desmaterializadas por el claro de luna, semejaban recortes de cartón y me recordaban la decoración de una opereta, de "Orfeo en los Infiernos", provocando en mí por primera vez, una impresión de belleza". Y siempre es así. Un álamo o un macizo de rosas, que a diario vemos ya sin ver, a menudo vuelven a impresionarnos con energía nueva, cuando sin fragancia, sin color, sin aire, sin luz, los hallamos estampados en un simple cartón. Fría sombra entonces de un paisaje, en el que descansa la imaginación, pero para despertar luego sensaciones que, ondulantes han de llevar a una poesía ya olvidada. Es que por primera vez nos dejaremos sorprender, ya sea por el reflejo de un árbol sobre el remanso plateado del arroyo, ya por los imprevistos

penachos de ramas que recién hallamos fabulosamente cargados de flores, aunque hoy sólo sean manchas claras en los tonos imprecisos de la lámina. Pero así, es como nos han cautivado; hemos sentido mejor su vida en su carencia de color, en esa uniformidad de las sepias, que apenas si degrada sus matices, y cuyo apagamiento produce la incontinuidad de lo de siempre. Una impresión difusa podrá presentarnos motivos distintos, lejanos ya, acaso no reconocidos. Renovación esa para la que basta un rayo de sol, como un velo de niebla, un cambio de luz, a veces sólo una palabra, o un acento de emoción.

Y si esto sucede, es porque en el hombre como en la Naturaleza, hay una ansia perpetua de renovación, que hace rechazar toda la estabilidad, hasta la más agradable y la más deseada. Quizás a causa de la vida misma, que no es sino renovación, y obliga a ser distintos a cada minuto. Porque, si detenida la idea y realizada la inacción amoldáramos todo a formas, la vida no sería sino muerte anticipada.

Una gran distancia — hecha si no de tiempo, de ensueño — es preciso crear a veces, para que la verdad, perfecta como el recuerdo, pueda ser adorada. No es difícil por eso, que procedamos como esos viajeros que, recién al pisar de nuevo su tierra, porque han olvidado algo, y se forjan una nueva impresión, empiezan retrospectivamente a entusiasmarse con lo que han visto. Y que para reconstruir, con el innato animismo que inconscientemente posee el hombre, hiciéramos con todo, hasta con las sensaciones, lo que Corot hacía con los paisajes, es decir, tomar por realidad objetiva, su realidad subjetiva, y recibir la influencia real, tamizada por el tiempo, por el espacio, o por las facultades de la imaginación. Corot cuenta que, al volver a su casa, después de cada excursión invitaba a la naturaleza a que lo visitara.

Y que en su taller, con el pincel en la mano, buscaba las avellanas del bosque, que allí oía cantar los pájaros, veía temblar los árboles movidos por el viento; que en su cuarto corrían arroyos cargados con los mil reflejos del cielo, y que hasta el sol salía y se ponía entre sus paredes. No sería imposible que fuéramos así, que tarde comprendiéramos las cosas, y que las emociones reaccionaran cuando su razón empezara a perderse. Porque una pereza fisiológica, irremediable, una elaboración trabajosa de las manifestaciones del espíritu, nos obligara a esa reconstrucción incesante, a ese tejer y destejer sensaciones, a modo de Penélope, a fin de borrar la demasiada indiferencia, que seguramente habría de penetrarnos. Quizás también para que a la vida del cuerpo acompañe la del espíritu, acaso persuadidos de que esa sea forma de felicidad. Y felicidad que tanto como atrae, obliga a retroceder, ya que mejor ha de verse a una prudencial distancia; siempre que como las montañas aparezca hoy empolvada de niebla, mañana coronada de nubes, un momento dorada por auroras, otro desteñida por ocasos; haciéndose y rehaciéndose siempre, para mantener en la imaginación intacta y viviente su idea central, en un ininterrumpido reverdecer.

## XX

Pero sensible es que los infinitos matices del alma, en su actividad interior, carezcan a veces de fuerza, porque eso hace escéptica e intolerante a la humanidad. Si así no fuera, creo improbable que tanto se atribuyera al destino la dicha ajena y la desventura propia, y tanta satisfacción se hallara en dar un origen divino a cada tragedia que se desarrolla cerca de

ellos. Pero inseguros, habituados a ser un constante eco, casi pronuncian las palabras de Pangloss, cuando en medio del maremoto de Lisboa, sostenía que aquella bahía había sido hecha expresamente para que en ella se ahogara un virtuoso anabaptista amigo suyo. Sólo que como Cándido, quizás nosotros, ya convencidos de la teoría de las causas y los efectos, podríamos preguntar: ¿por qué entonces, se condenan los errores de los que nadie sería culpable, puesto que tampoco podrían ser evitados? Y siendo así, ¿por qué no se tiene una tolerancia para las cosas pequeñas, con el excedente de comprensión que tenemos para las grandes? Eso, sin contar con que por otra parte, desde que a menudo nos encontramos en desacuerdo con los demás, y es preferible pensar que no siempre pensamos mal, no sería difícil que nos conviniera hacer un tácito y mutuo acuerdo de benevolencia. Y no fundado en impersonalidad, sino en repetidas y probadas experimentaciones.

Fácil es comprender que, en el alma, las ideas se hallan anilladas como el cuerpo de una serpiente. Los gestos hacen entonces cambiar los matices, mezclan fibras de pensamientos en cada pensamiento y descubren en el fondo un constante tornasol de sucesiones y yuxtaposiciones, suficientes para desautorizar una inflexibilidad sostenida.

Por eso cada uno de esos errores, y la asociación de todos, crean o deben crear un ambiente de tolerancia. Y no en forma de justicia, ni de gracia, sino de amplia comprensión. Hasta de comprensión que vaya más allá de las nociones estrictas de la lógica y de nuestro limitado sentido moral, y que en principio acepte lo incomprensible. Porque bien pudiera ser que lo fueran para nosotros, las razones que no entran dentro de la órbita de nuestro entendimiento. ¿Y la posesión de una verdad como esa, accidental, insegura y es-

trecha, autoriza a hacer incisiones de pretendida pureza?

Vano sería nuestro intento, contraproducente su resultado, e ineficaz esa razón rígida, austera y fría, elaborada como algunos elaboran las virtudes, de una pieza, para que sean más resistentes; pero sin haber pensado que su esencia la constituye esa mezcla humana, de perfección y de imperfección, de error, de arrepentimiento, de convicción, de claridad y de duda. Verdad por momentos firme, y en otros llena de charcas. Cuyas seguridades artificiales, como sombras, no están nunca inmóviles, sino que se alargan, se recortan, se intensifican, se desvanecen, o inquietas toman inesperados contornos. Hechos, o palabras, alrededor de los que se van formando concéntricos círculos de equívocos, con los que la sociedad bordea cada error con la pretensión de corregirlo. Quién sabe, si pensando que la primera equivocación, como originaria, sería la única culpable, hasta de lo que por oposición pueda llegar a producir. Posible es, que ese sea el alegato que se formulan los puritanos, cuando contritos cometen injusticias para hacer justicia. Sobre todo, porque habiendo descartado de la conciencia las dudas, se procede como si en todo fallo no pudiera haber posibilidad de errores, y como si no fuera necesario sumar atenuantes que no comprendemos, porque entran dentro de un complejo psíquico que la sensibilidad no penetra sino a medias. Razones vagas, oscuras casi siempres, definibles sólo como fuerzas, y que frecuentemente determinan las acciones para nosotros incomprensibles. Porque acaso en el difuso organismo de los sentimientos, ellas cobran valor como influencias activas que en el fondo concuerdan, aun cuando sus resultados sean divergentes. Acciones de individuos que al obrar bajo su efecto, dan una sensación de anormalidad. Pero quién sabe si porque sus ideas, no bastante enfermizas y un tanto geniales,

son de las que escapan al estudio de los psiquiatras y a la comprensión de los hombres, ya que el origen de sus manifestaciones, no es desequilibrio, ni mediocridad. Y porque se trataría más bien de independientes, de originales, de grandes apasionados, o de clarividentes, que tienen su angustia, su horizonte, su tema distinto al nuestro, y a los que nos empeñamos en someter a nuestra manera.

Así Zola, que no pensaba siempre como los hombres de su época, fué declarado degenerado mental, por su defensa en una causa que entonces parecía indefendible. Y no sólo el público, sino hasta los mismos médicos que lo examinaron, hablaron de lagunas espirituales, que, según Maurras, explicaban su arte y su gusto, su estilo y su pensamiento y la miseria de sus concepciones sobre lo justo y lo verdadero.

Juzgar ahora los juicios sería caer de nuevo en el error, y lo sería menos perdonable porque estaría hecho a distancias en las que todo ha podido llegar modificado. Sin embargo, preciso es reconocer que en el asunto Dreyfus, provocador de los ataques, fué él quién vió más claro, y que en sus libros, el materialismo puede no gustar, y chocar también, sin que carezcan de verdad los problemas que abarca su novela. Pero discrepando en ideas y en gustos con sus contemporáneos, sufrió con creces las consecuencias que se produjeron contra él como reacción.

Es que nadie quiere reconocer que, como las monedas, todas las cosas tienen por lo menos dos aspectos opuestos, dos efigies distintas, y eso, cuando no tienen más puntos de vista todavía; verdades que son como aquellos antiguos ídolos eslavos, de cuatro o cinco caras o de varias cabezas. Y que lo son aunque el hombre prefiera ignorarlo, para poder tener razón desde que nace, y hacer oír a su alrededor su voz de mando. Una voz que es indócil en los primeros años de

caprichos; presuntuosa en los ensayos iniciales de la juventud; despótica cuando despierta el amor; y que más tarde la experiencia hace autoritaria, para terminar en el ocaso siendo prudente, pero entonces de una prudencia engreída y fuera de oportunidad. Como si fueran grandes razones las suyas, razones que debieran primar sobre todo, y primar aun cuando hubiera la certeza de que se estuviera equivocado. Y en esas circunstancias, sin una lógica fundada, sin un razonamiento serio, hay que evitar toda primacía para que no se produzcan choques de preponderancias. Puesto que todo lo causa la intolerancia política, religiosa, social, doméstica; ese placer y ese orgullo de dominio cuya firmeza ininterrumpida, no es sino una capa superficial de seguridad, pero cuyo revés es un moaré de convicciones y de dudas, un flujo y reflujo constante de sentimientos encontrados.

Y así sienten probablemente todos, aun cuando nadie lo confiesa. Temen empequeñecerse, pero les pasa lo que a Luis XIV, quien un día en que Racine recitaba unos versos propios, donde exponía con qué violencia se chocaban dentro de él las buenas y las malas cualidades, lo interrumpió para decir a Mme. de Maintenon: "Ahí tiene Vd. señora, a dos hombres a quienes yo conozco bien".

¿Seríamos por casualidad nosotros mejores, y fundaríamos en eso nuestra intolerancia? No. Es que no queremos pensar que al llegar a una cumbre por rutas separadas, todo lo sentimos distinto, porque todo lo hemos visto de otro modo. Que no hemos hallado ni los mismos peligros, ni las mismas dificultades, ni siquiera iguales paisajes que nos hicieran hallar emociones análogas. De un lado todo ha podido ser sosiego, en la paz aterciopelada de una ladera, con manchas movedizas de rebaños y manchas susurrantes de bosques; y de cuando en cuando en la falda verde, alones de tejas rojas

engarzados en la arboleda. En el declive opuesto, podríamos no hallar ni una hierba, ni una sombra, ni un abrigo. Sus vertientes harían correr hilos de agua platinada, agitados entre la aridez de los riscos, duros y luminosos como diamantes grises. Cada encuentro podría ser allí un peligro, y la soledad seguiría siendo un desconsuelo. Sin embargo las dos rutas, opuestas como dos vidas, conducirían a un mismo punto: al punto fatal del encuentro, desde donde se abarcarían sus realidades en toda la extensión. Porque en verdad llega así el día en el que una mirada basta para alcanzar todo el recorrido.

Pocas veces sin embargo, aceptamos entre dos experiencias una sugestión. Todo queremos hacerlo a nuestra cuenta, sin afirmarnos en nada, ni en nadie, a fin de poder llegar a convencernos, olvidando que encierra nuestro sistema autónomo, la experiencia de lo que se aprende solo, pero en lecciones que tampoco han de poder enseñarse. Y efímera por fuerza ha de resultar así esa tolerancia, aprendida dolorosamente en días duros y en noches de insomnio, quién sabe si cimentada todavía con más trabajo que beneficio pudiera de ella esperarse.

Todo por una sola razón, por la de no querer comprender.

## XXI

La idea de que somos incomprendidos, quizás influye en nosotros para que seamos poco comprensibles. Una situación especial de voluntaria intolerancia se habría entonces establecido. Por una parte, falta de sinceridad y de valentía para reconocer errores; por otra parte, incapacidad material para afrontar situaciones difíciles. Flaqueza de voluntad que

amanera el espíritu, o violenta apariencias, para presentar como verídicas, razones que son falsas.

Y acaso eso bastará para provocar un irreflexivo renunciamiento de sencillez, a enmarañar nuestras realidades, y a tornar difícil su pureza.

Por eso, después de invertir largas jornadas en girar en torno de nosotros mismos, a la manera de De Maistre cuando hizo el viaje alrededor de su cuarto; después de haber hecho el inventario de nuestras cualidades y de nuestros defectos, ensalzándonos o censurándonos en secreto, es generalmente cuando empezamos a advertir lo que cuesta ser sincero. Y si yo no lo fuera en cierto modo, es probable que no planteara mis dudas sobre la existencia de la sinceridad, ni sobre la influencia que de sus equivocaciones nace. No diría — a lo menos así lo creo — que ella se me figura como esas viejas estampas representativas de tal o cual realidad, que ulteriores artistas han ido desvirtuando en sus imitaciones; o como esos relatos en que los hechos resultan inconscientemente adulterados a través de versiones sucesivas. Y ello hasta el extremo de que al fin, nos hablan más de lo que pudo ser que de lo que realmente fué. Formas que impresionan con la fuerza de concepciones definitivas, pero que han crecido a la sombra de verdades dudosas, y aceptamos, porque vivimos obsesionados por un deseo de fe, el cual es necesidad de convicción, o de posesión. No de otra manera llegaría a ser esa fuerza que es y nos conviene; que conviene a nuestra tranquilidad, y ha echado sus raíces en ese medio intermediario, entre lo que empieza a ser real y lo que todavía no ha dejado de ser ilusorio. Evidentemente no se trata de sentimientos falsos, ni desde luego de mentiras convencionales, sino de impresiones que al producir un definitivo estado de alma, al sentirse, dejan ver bajo

simétricas razones de orden general, pequeñas sinuosidades que permiten una fugaz contaminación con otras sensaciones, y cuya alianza impide la pureza absoluta del pensamiento. Desviaciones de modo alguno opuestas al motivo central, pero que en el fondo vivo de la idea, en su propia síntesis, suelen dejar la sospecha de algo que casi es realidad. Quién sabe si por que es un falso realismo, esa parte de inseguro, que hay en la impresión. Puesto que allí, sólo existe un indicio claro e indiscutible de sinceridad: el deseo de ser sincero. Deseo que nos posee, que nos hace creer haberlo sido; que nos da la posibilidad de llegar a serlo. Pero, ¿y en el fondo?... Interiormente es un voto que hemos expresado, y flota como un alga en el mar atormentado de los sentimientos. Como si la sinceridad fuera una idea simple, que, al ser estudiada mostrara sus tentáculos hasta entonces invisibles, y se volviera compleja.

Por eso, no sería difícil que, si mecánicamente pudiéramos obtener, en la misma forma que tantas otras cosas, por medio de aparatos sutilísimos, un análisis del carácter de cada emotividad, y pudiera aislarse la vitalidad de cada deseo, la profundidad de cada angustia, o la palpitación de lo que no asoma a la superficie, la vida nos reservara todavía sorpresas, pues nuestra mejor buena fe es defraudada muchas veces en el caos insondable de la conciencia, desde que todo acaba allí por ser borrado, como esos manuscritos que, a fuerza de sufrir correcciones y tachas, terminan por ser ilegibles.

Y lo curioso es que, aún cuando no presente discontinuidades perceptibles, la sinceridad suele, si así puede decirse, carecer de cohesión. A mí me hace pensar en esos rubíes químicos que, sobre una base falsa poseen la apariencia de los verdaderos. Falsa, porque como esas piedras, ella también está

hecha de partículas de sí misma, en este caso polvillo de sinceridades, insignificantes y dispersas, que han llegado a formar bello sentimiento, al que desearíamos hacer perder su complejidad, para poder ofrecer a alguien o a nosotros algo de un valor que supiéramos positivo.

Posiblemente esto es obra de esa nunca acabada evolución, que en sus rápidas circunvoluciones íntimas, impide a la idea posarse segura. Así en sus cambios sin término, la convicción no puede mantener una perfecta unidad. Y algunas de las múltiples intuiciones que contribuyen a formar la idea, por fuerza han de perderse al realizar el equilibrio de la concepción. Acaso así lo que suponemos estabilizado, es sólo contigüidad de inestabilidades, que como un rodaje en movimiento da ilusión acabada de su poderío y su fuerza conjunta, sin que el rayo de cada rueda pueda hacer resaltar por separado el efecto que le pertenece. Efecto que, vendría a ser el de una germinación débil, poco perceptible en la superficie vibrante de los pensamientos, haciendo que, en su necesaria abstracción transparenten éstos sensaciones, como a través de un espeso encaje de efectos, razonamientos, o impresiones, que hicieran filtrar una verdad atenuada.

He leído no sé donde, un cuento de una princesa, que había nacido ciega, y a la que por medio de un sortilegio se le concedió que viera por breves instantes lo que más ardientemente deseara ver. Su deseo, que consistió en verse a sí misma, quedó en el acto satisfecho, y ante un espejo quedó maravillada de su propia belleza. Algún tiempo después, el don le fué concedido de nuevo. Y la princesa pidió entonces ver a sus hijos, a quienes no había contemplado nunca. Sin embargo, llegado el momento, esta vez, la gracia no le fué otorgada; porque su deseo exterior y su deseo interior, no coincidían. Mientras pedía ver a sus hijos, la princesa anhe-

laba en el fondo ver de nuevo su imagen. Y la sinceridad, aunque lo neguemos, es muchas veces así, indefinida o doble como la del cuento.

De ahí que siendo difícil descomponer el sentimiento para analizar el principio efectivo de verdad que en él hubiera, lo sea también sujetarse sin restricciones a sus resultancias, y aceptar como indiscutible la influencia de una potencialidad cuyo grado ignoramos, y de la que en ocasiones ignoramos hasta su propia existencia.

MONTERO BUST. MAN.
BIBLIOTECA
MUSEO H. NACIONAL

## XXII

Un autor nuevo, de esos que viven escudriñando lo viejo, ha planteado la sinceridad de las convicciones religiosas de Montaigne. En su estudio científico y bien razonado tantea el espíritu del filósofo, esforzándose por llegar a conclusiones en una tarea difícil, y tan difícil, como es esa de aclarar las sombras que han quedado entre las sombras. Así, de la rebusca, podemos apenas extraer la punta de un hilo, sin llegar a desenredar ideas. Pero eso basta para que una duda penetre en lo indiscutido de su sinceridad, ya que barajando hipótesis, podemos llegar a suponer que Montaigne ha pertenecido a ese grupo de creyentes singulares, cuya fe es placer, emoción de belleza, y más que sincera esperanza, beatitud presente, si así pudiera clasificarse ese estado de ánimo.

No sé si me he explicado bien. Pero es un estado que creo conocer, que me parece haber penetrado: estado de placidez absoluta, en el que influye más el presente que el futuro.

Probablemente se llega a él por distintas vías; por renunciamiento a inquietudes, como en las enfermedades graves —

en el momento en que uno se desprende de las cosas pequeñas — como puede producirlo la religión con su sistema de grandes promesas y aceptables sacrificios; y también, como honda emoción de poesía, hecho con lo positivo que enseña y lo misterioso que vela el culto; con sus templos y su cielo. Pensamiento trascendente, será ese formado con elementos encontrados entre el polvo de todas las leyendas, y en las orillas de las más queridas esperanzas; punto de apoyo también de esa aptitud hacia lo religioso. Se adora entonces a Dios en la naturaleza, en la vida, en el arte, en todas las manifestaciones de la inteligencia y de la belleza, en las diversas formas de la gracia, y se le puede ofrecer lo mejor del alma.

Un historiador de arte, dice que Litz, adoraba al mismo tiempo a Dios y a Bach. ¿Y no es esa una forma de fe, la mejor, la más natural? Desde que al extenderse, acepta caprichosas realizaciones, cristaliza en la dualidad de dos polos distintos, y tiene origen en una fe sólidamente cimentada, puesto que en ella convergen ideas divinas humanizadas por el hombre, e ideas humanas divinizadas también por él?

Ella forma así, una conjunción de dos espíritus, de dos creencias, de dos idealidades, la material y la inmaterial, la tangible y la mística. Acaso fe, que, como fuerza ordenadora, creará unidad, al enlazar hacia un fin deseado muchos principios.

Y hasta podría ser ese complejo de "fes", el que revelara una super-devoción; que no es la corriente, esa que observa a conciencia los ritos, sino una individual, amovible, elástica, fluctuante, y quizás más intensa por sus mismas impurezas. Esto aclararía esos casos aparte de devociones rebeldes, de "fes" que nacen de convicciones distintas, que en algunos puntos se confunden con las otras, en otros se separan, y

que cuando admiten las seguridades del cristianismo, es en éxtasis paganos, como si llegaran a sentir el infinito, aún sin haber tenido tiempo de comprender a Dios.

Una gran escritor católico corrobora en esta idea, cuando afirma: "No es necesario poseer una fe perfecta, para sentir el placer de la veneración ante la imagen serena de la fe". Y evidentemente es así. Las ceremonias, el incienso, el órgano, los ritos y las campanas, contribuyen a sostener ese edificio religioso, hecho de ideas y de piedras. De otra manera, podríamos estar seguros de que la pompa se habría perdido, porque no debemos olvidar que Jesús, era lo menos sacerdotal posible, y que a pesar de Jesús, ha habido que conservar la magnificencia del culto. Acaso porque, es por vía de intuiciones estéticas, que se hace más abordable el concepto de lo divino. Por mi parte no podría negar que lo he sentido así, que me ha influenciado la belleza religiosa, con los sacrificios obscuros de los claustros, y la poesía de sus capillas. Recuerdo como me subyugaban esos monumentos milenarios de la vieja Europa, en los que parecía que un rincón de cielo formara ya parte de la bóveda, dejando anudar los sueños a la vida, el infinito al más estricto presente, y la belleza del espacio a la belleza del recinto. Pienso en el recogimiento que imponían aquellas vetustas catedrales, quietas y sombrías, en sus eternos anocheceres, mientras la luz facilitaba la eflorecencia de los sueños, entre un bosque de columnas finas, como manojos de cirios. Sensaciones plásticas y subjetivas que determinan una definida noción de infinito. Temas todos magníficos para exaltar la imaginación, grandeza que disminuye el valor de la acción material, y hace sentir la pequeñez de cada uno, como si al aquietar los sentimientos, volcara sobre el alma un deseo de más allá, que ha de traducirse en inmediato fervor.

Pero así también la espontaneidad de la fe, que nace de la belleza y crea ese ambiente religioso, se pierde en los grupos de mármol del altar con la fe artística. Como cuando de rodillas ante una virgen de Rafael, se adora involuntariamente también a Rafael. Es que, produce indescifrable mareo de sentimientos profundos y encontrados, sentimientos que van y vienen del coro a los albos perfiles que es preciso adorar sobre el fondo oscuro del vacío.

Probablemente, sentir así es sentir con sinceridad, aún cuando sea hacerlo sin lógica. Pero si hemos de creer a Renan, la certidumbre del sentimiento religioso tampoco se templa razonando. Porque como él dice, no se somete a lo que no podría ni fortalecer, ni debilitar su fe. Siempre, naturalmente que se trate de una fe sincera. Porque a veces nos hallamos ante apariencias de sentimientos roídos de dudas, ante fórmulas brillantes, pero huecas como pompas de jabón, que es preciso no rozar, para que la ilusión se mantenga intacta. Y sabiendo que no es posible experimentar nada que afirme nuevas seguridades en hipótesis abstractas. Así Montaigne, habla de oraciones que se repiten por costumbre. ¿Y qué valor adquirirán esas formas puramente exteriores, que los labios dicen tal vez por hábito, esas oraciones que no serían más que gestos? Gestos incapaces de provocar reacciones en el alma, como si sólo se tratase de prolongar sentimientos abandonados o nunca bien sentidos. Pero entonces ya no emoción susceptible de producir un éxtasis voluptuoso de pasión, ni aún de placer, de dolor, ni goce. Estado que puede excitar el templo, con su liturgia, con sus leyendas, y puede sentirse fuera de él, fuera de las verdades consagradas, fuera de las fórmulas religiosas, y aún así ser religioso.

Entre las parábolas de Tagore hay una, que el poeta hindú

llama "El Destierro", que empieza así: "Majestad, dijo el súbdito del rey, el santo Norottam jamás se ha dignado entrar en tu templo, y mientras éste está desierto, canta alabanzas a Dios bajo los árboles o en los caminos reales.

"Los fieles prefieren agruparse a su derredor, como las abejas alrededor del blanco loto, desdeñando el dorado cáliz de miel!

"El rey con el corazón entristecido, fué a hablar con Norottam que estada sentado sobre la hierba, y le dijo:

"Padre, ¿por qué abandonas mi templo de cúpula de oro y te sientas sobre el suelo a predicar el amor de Dios?

"Porque Dios no está en tu templo, replicó el santo.

"El rey frunció el ceño, y dijo: ¿no sabes que para hacer esa maravilla de arte se gastaron veinte millones y que fué consagrado a Dios en medio de suntuosos rituales?

"Lo sé, replicó Norottam. Fué construído en aquel año en que millares de tus súbditos cuyas casas habían sido quemadas, imploraban inútilmente tu misericordia a las puertas de tu templo." Y Dios dijo: No es posible que estos desdichados que no saben socorrer a sus hermanos, sean los que hagan mi casa. Y eligió su puesto entre los desamparados, en los caminos reales, o debajo de los árboles.

"Entonces el rey lleno de rabia gritó: "Sal de mi tierra! Y tranquilamente el santo respondió: Sí, destiérrame a donde desterraste a mi Dios".

Y así esta vez, el verdadero espíritu religioso estaría fuera de los muros, los dioses no tendrían imágenes; una fe simple germinaría de la tierra sin el apoyo de lo artificioso. Coros de pájaros alados como ángeles, reemplazarían las voces humanas, mientras los rezos llevados por el viento irían de los

surcos a los astros. Pues no sería improbable que desde allí los pensamientos se elevaran también hacia el infinito. Sin embargo algo se habría perdido al perderse la poesía que han creado los hombres. Desvanecidos sus ideales místicos, sin el remate de las promesas maravillosas, acaso su convicción se empobreciera, ya que debemos decir como Barrés, que "el alma misteriosa de la iglesia crea almas". Almas que, en prácticas ingenuas establecen una corriente de fervorosidad hacia lo incomprendido.

A pesar de lo cual no es difícil que el dios Pan, se vea obligado a menudo a ejercer su influencia provocando temores repentinos, para que nadie se aparte de esa buena senda que al fundir los sueños de todos promete inmortalidad. Siendo probable que nos convenga oirlo, y correr el riesgo de creer en todas las promesas, ya que como decía uno de los grandes pensadores helénicos, "debemos encantarnos con esperanzas mientras nos sea posible".

Sólo sería cuestión de saber si se trata de esperanzarnos con la visión en otra vida, o de continuar nuestras esperanzas de ahora.

## XXXIII

Siempre me acuerdo con qué prematura tristeza paseaba yo por los largos corredores de mi casa, una gran muñeca, la mañana que cumplí los cuatro años. Aquel día tuve mi primera noción sobre la realidad del tiempo. Y la belleza convincente de la muñeca no conseguía hacerme olvidar la brevedad de la hora, y quién sabe si también la visión de la nada.

Desde entonces siempre he seguido teniendo horror a las fechas. Desearía cerrar los ojos en las conmemoraciones festi-

vas, como esos pájaros que se enconden bajo el ala para no ver el peligro que los acecha. Es que no puedo dejar de invertir los propósitos y de sacar consecuencias inesperadas, aunque asimismo previstas.

Sin duda porque en cada hoja arrancada al día, hay escrito un vencimiento y un adiós que es mejor no subrayar, para no pensar en lo agradable que sería volverlas a poner en su sitio, y retroceder a voluntad devanando la vida como pudiera hacerse con el hilo ya suelto de un carretel. Pero eso sí, volver con todas las conquistas, con lo que tanto nos ha costado cincelar en el friso de los días; con la experiencia, con los afectos ganados, con la benevolencia adquirida, con nosotros en fin, pero sin el tiempo. Provocar una vuelta que estacionara la existencia en un momento lejano. Hacer el viaje hacia uno de esos días que no debieron terminar, y que sin embargo, breves y anónimos, rodaron ellos también olvidados.

Pero tendríamos que reponer tanto para sentir positivamente el placer de esa vuelta! Y aún así no sé si obtendríamos alegría: sobre todo, no es fácil que fuera felicidad lo que se hallara. Porque siempre algo se pierde, aún cuando no lo parezca. Dice Mauriac: que a veces se pierde más de lo que se tenía.

Será porque no es posible negar que existe el desencanto de la posesión anhelada. Del recuerdo, que embellecido y modificado hemos traicionado al hacerlo distinto. De esas ilusiones cándidas, de esas imágenes que en la memoria han quedado esfumadas por la herrumbre del tiempo, y que con fervor conservamos aún ya distintas, como reliquias de algo que pudo ser.

Sería así la nuestra una juventud reconquistada sin la base

de sus ilusiones, sabia y gastada, con todo el peso de los conocimientos; diferente a aquella que para que se cumpliera el anhelo de France, debía de coronar la vida, fresca y lozana, haciendo que los hombres encontraran, como las mariposas, la muerte en pleno apogeo de dicha y de amor. Pero la conquista del pasado, marcaría también fatalmente el borde de la nada, desde que el viaje de vuelta tendría asimismo algún día que acabar.

Y si en el ápice de los placeres terminara la vida, ¡cómo evitar que ese día tranquilo y venturoso, que hoy vemos en el recuerdo, cambie su bonanza en amargura! Es así probable que con los budhistas, bendijéramos el dolor, aunque no fuera como ellos para morir, sino para seguir viviendo. Que buscáramos todo lo que fuera una continuación, aún de sufrimiento, aún de desesperanza. Que la calma pudiera sentirse sólo en el oleaje del peligro, y que en la intranquilidad habría de residir en lo seguro. Se buscaría el infortunio para no gastar demasiado aprisa esa perspectiva de dicha abierta a nuestro temor. Dicha más deslumbrante que las otras, que es probable enceguеciera más que ninguna, y que con recelo se gozaría entre los horizontes del vacío, eternamente inquietados con lo breve.

Naturalmente que ésto sucedería mientras no nos fuera permitido probar unas gotas de Somma, aquel brevaje que filtrara Surya, porque al beberlo saben los hombres que irán a habitar la mansión de Yama, y que serán inmortales como los dioses.

A no ser que allí, cansados de tanta seguridad, quizás también de tanta vida, exclamáramos con el poeta: "Ven a mí Señor del silencio, con tu paz y tu sosiego. "Porque tan dilatado deseo pudiera tener por límite la Nada, y acaso fuera de nuevo la mejor paz la que ofreciera la quietud y el vacío.

## XXIV

Cuentan las crónicas, que cuando Ana Pawlova, la bailarina rusa que tantas veces se reencarnara en el espíritu del cisne, tenía ya las alas rígidas, sus admiradores, deseando realizar el más elocuente homenaje, se reunieron en silencio para evocarla.

Fué así cómo, ante el recogimiento de una sala que había servido de decoración a sus danzas, con la misma música que acompañara sus pasos, y los mismos reflectores que siguieran sus movimientos, en el vacío de la escena, se veían sus formas que no habían podido ser reemplazadas, y se oían las palabras que nadie habría dicho mejor que ese himno de muda devoción. Y nunca la danzarina vivió tan intensamente como en aquel instante.

El silencio lo había dicho todo. Porque todo lo penetra; resucita el tiempo, arrulla el deseo. Y porque es como una fuerza de la nada que traspasa los límites de la vida; sentimos hondamente sus manifestaciones, su influencia, el magnetismo de sus flúidos; ese misterio que nos desconcierta, nos imanta, nos domina.

Todo lo grande llega así envuelto en su vacío. Calladas vienen la vida y la muerte, el amor nace sin palabras, la emoción ahoga la voz. Así, lo más tierno, lo más sincero, queda siempre encerrado en ese silencio que no se rompe por miedo a los hombres y a sus sanciones, o que se rompe con palabras engañosas, como si hubiera el pudor de no mostrarse como es.

Probablemente también será, porque las palabras no llegan a tener la elocuencia latente y fina que sigue el movimiento de sus pausas; y porque es más viva la unidad sentimental de lo que se establece sin haber sido expresado. Por eso, hay momentos en que la respuesta, como anticipándose a una interrogación que aún no ha podido ser insinuada, vibra al unísono de ella, nítida y rápida, ya precisa. Pudiera pensarse que de lo más remoto, viniera a veces a nosotros una seguridad que de ninguna manera fuera ya posible poner en duda. Es como esa hora de quietud que precede al peligro, y en la que por anticipado se le siente.

Rilke habla de silencios sonoros, de esos silencios llenos de músicas íntimas, de sueños, de pasiones, de voces. Uno de esos silencios debió pasar como corriente eléctrica, la noche del homenaje a Ana Pawlova. Porque son ellos los que crean, y creando los que evocan. Animadas por nosotros viven así esas horas calladas, en las que nada nos obliga a mentir; ni las palabras que no siempre son dúctiles, ni las conveniencias que a menudo nos son hostiles. Su ternura es sincera, sus sentimientos son verídicos. Por eso, en ocasiones, el destino tiende de un espíritu a otro esos arcos sigilosos de vacío y de emoción, como abrazos de un amor puro e inconfesado, o de una simpatía que ha de transflorar a pesar de uno, y sin que se quiera, acaso también sin que se piense.

Pero como por un reloj de sol, por su cuadrante pasan todas las horas. Si hay silencios simpáticos, color de oro y de ilusión, los hay también rojos, color de sangre, y silencios hechos de celos, de "spleen", de penas. En algunos las esperanzas se deshacen como nubes de agua, otros como soplos fríos, de una verdad desconocida, se arremolinan al lado de los que sufren, o estratégicos se arrinconan cerca de los que van a morir. Son silencios que intimidan, que subordinan

nuestra acción a su desenvolvimiento, y que cual si fueran el principio de una eternidad de silencios, y estuvieran hechos de murmullos de plegarias, nos hacen sentirnos al borde del infinito.

¿Y acaso no son también formas de silencio, esas que la prudencia acama dentro de uno? Voces calladas, que en la imaginación viven agitado sueño, pero guardadas siempre, como si perdidas en el fondo de los cajones, hubieran de olvidarse sin que las oiga nadie.

Rostand, al hablar de ellas, en uno de sus versos dice:

"Lecteur, je suis navré. Ces vers que je te livre.
— dont, peut-être, on vendra le papier a la livre —
ne sont pas,il s'en faut, hélas! ceux que j'aimais.
Car les meilleurs, comment les mettre dans un livre?
Les meilleurs, sont les vers qu'on ne finit jamais..."

Así como los versos del poeta, lo mejor de las ideas queda aislado en cada alma. Diríanse palomas que la imaginación conservara prisioneras para animar su vida íntima. Siempre con la idea de soltarlas, y sin embargo de continuo aplazado el día, quién sabe si por temor de que sus alas — deseosas de vuelo — rasgaran sin querer, lo mejor que poseemos. O si porque amoldadas a formas, no serían ya esa cadena siempre viva de músicas secretas y de inefables armonías, en la que no hay pensamiento que persista absoluto, ni razón que muera del todo, pero sí voces siempre prontas a transformarse con uno. Pues no es de movilidad de lo que carecen esos pensamientos que en la memoria viven concentrados como esencias; altiveces que no desbordan, delicadezas inexpresadas. Acaso pureza de una razón, que anima a continuar en sueños de silencio, las mejores impresiones — rebeliones y conformidades — cuya acción traslúcida, si es eficaz para

los efectos, pasa no obstante, sin dejar el molde hecho de una forma, de una voz, ni de una sombra. Acentos libres, piadosos, justos, que por no haber sido acuñados, pueden prescindir de la aligación de lo engañoso, y seguir sus evoluciones sin causar extrañeza en la exaltada religiosidad de su incomprendido mutismo.

---

MONTERO BUSTAMANTE
BIBLIOTECA
MUSEO H. NACIONAL

Talleres Gráficos "Casa A. Barreiro y Ramos" S. A.